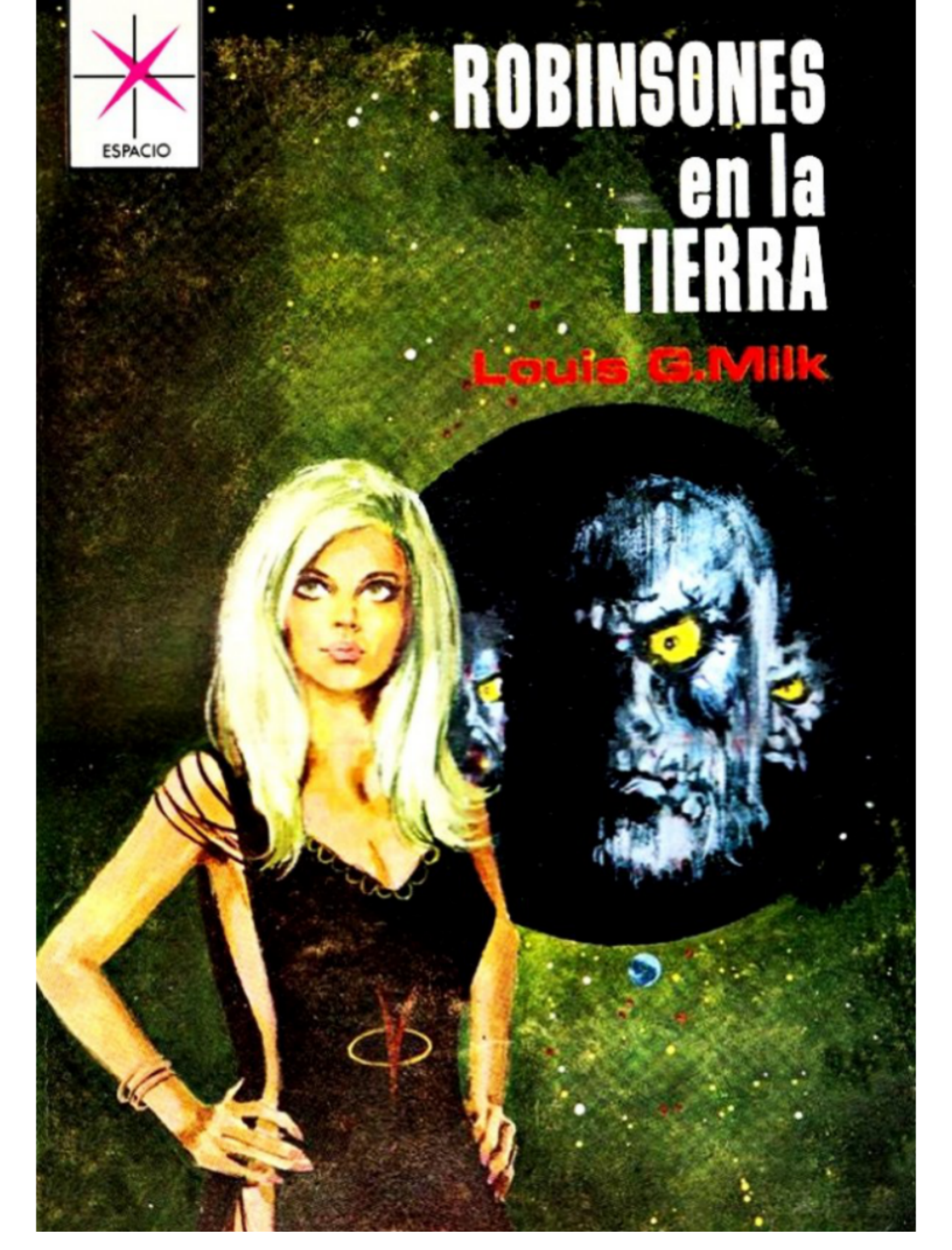

ESPACIO
ROBINSONES en la TIERRA
Louis G. Milk

LOUIS G. MILK

# ROBINSONES EN LA TIERRA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA



Depósito Legal: B. 45.560-1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

# CAPÍTULO PRIMERO

La chica era alta, tenía un tipo estupendo y ademanes desenvueltos. Su pelo era de color rubio muy oscuro, castaño, y lo llevaba corto, aunque no en demasía, ceñido por una cinta de vivos colores. Su ropa consistía en una sencilla blusa sin mangas, pantalones cortos —lo que permitía la visión de unas piernas magníficamente torneadas— y cómodas sandalias. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un cómodo bolso, que servía para el transporte de sus objetos personales.

Con paso rápido, pero gracioso, entró en la atestada sala de recepción, donde varias docenas de personas se agolpaban frente al mostrador de recepción. Había cuatro o cinco mujeres, de uniforme blanco y tocadas con cofia del mismo color, todas las cuales procuraban atender a los impacientes, empleando para ello buenas dosis de paciencia, combinadas con los necesarios toques de energía.

Los clientes gritaban, chillaban, protestaban y se quejaban, sin que faltase el inevitable chistoso, con sus «gracias» archirrepetidas y conocidas de todos.

Tampoco faltaba la mujer lloriqueante, que apenas sabía hacer otra cosa que sorberse las lágrimas.

Al cabo de varios minutos, la chica consiguió colocarse frente a una de las atareadas recepcionistas.

— Perdone, señorita…

— ¿Nombre, por favor? —pidió la otra, con mucha prisa.

— Erdan, Ce…

— Tercer piso, habitación 5 C.

— Pero, señorita, yo…

— Por favor, no nos haga perder el tiempo, señorita Erdan. Hay otros esperando y también tienen prisa. Tercer piso, habitación 5 C. Ya la aguardan allá arriba. Eso es todo.

La chica se quedó cortada un instante. Luego, encogiéndose de hombros, dio media vuelta y, tras abrirse paso poco menos que a viva fuerza, se dirigió a uno de los ascensores que comunicaban la planta de recepción con las superiores.

Momentos después, abría la puerta de la habitación 5 C.

Estaba vacía.

— Pues sí que dan unos informes acertados —murmuró para sí —. Dijeron que habría alguien aguardándome, pero yo no veo a nadie aquí…

En la estancia sólo había una camilla con ruedas, una silla y una mesita. Encima de la mesa se divisaba un vasito lleno de un líquido ambarino, protegido por una tapa de papel de estaño.

La chica vaciló. De pronto oyó una voz a sus espaldas.

— Ah, ya está aquí —dijo el hombre, vestido con bata blanca—. Pase, pase y siéntese, se lo ruego.

— Pero, oiga, yo he venido aquí…

El médico sonrió.

— No me lo explique, preciosa; todos sabemos a lo que viene la gente a este sitio. —Y estaba destapando el vaso—. Vamos, tómese el líquido, señorita. Sin miedo, tiene un sabor agradable y no es dañino en modo alguno.

— Pero ¿es que no va a dejar que me explique? Yo sólo busco…

— Ya sé, ya sé lo que busca. Todos buscamos lo mismo, sólo que a mí no me ha llegado todavía el turno. Bien, tómese la bebida. Por favor, tenemos mucha prisa…

La chica, aturdida, ya tenía el vaso en la mano.

— ¿Es malo? —preguntó ingenuamente.

— ¿Malo? —El médico se echó a reír—. Parece néctar de los dioses. Y, en realidad —agregó pensativamente—, ¿no podríamos llamarlo así?

Ella dudaba todavía.

— ¿Tiene miedo? —siguió el galeno—. Vamos, sea animosa. Además, usted da la sensación de estar sedienta. ¿Me equivoco?

— Eso es verdad —admitió la chica—. Afuera hace tanto calor…

Y bebió de un solo trago el contenido del vaso.

— Gracias, doctor —dijo al terminar—. Y ahora, hablemos de lo mío, por favor.

— Oh, no es necesario que se moleste, señorita. Imagino que ya habrá dejado sus instrucciones en debida forma. Aquí nos ocuparemos de usted…

— Pero ¿qué está diciendo? ¿Por qué han de ocuparse de mí? Si yo sólo he venido a… a…

La voz de la chica se hizo vacilante. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor.

— Oh, me mareo —gimió.

— No se preocupe; no es más que una impresión subjetiva… —El médico la agarró por un brazo—. Se le pasará en seguida, créame. Venga, venga por aquí —añadió con voz persuasiva.

Ella se dejó llevar hasta la camilla, en donde se tendió con la ayuda del doctor. Con voz espesa, la chica dijo:

— Estoy buscando a… a…

De repente, se durmió. El médico lanzó un hondo suspiro.

— No sé para qué tantas protestas, después de haber firmado el contrato —gruñó.

Introdujo la mano en su bata y sacó una cajita semejante a una pitillera, de la que extrajo un tubo de cristal. Rompió uno de sus extremos con un hábil movimiento de los dedos y, con el mismo algodón contenido en la cápsula, desinfectó el brazo de la joven.

La cápsula contenía, además, una jeringuilla con su aguja de inyecciones. La aguja penetró en la vena de la joven y el líquido contenido en la jeringuilla fue trasvasado a su corriente sanguínea.

Apenas había terminado la operación, entró otro médico en la estancia.

— Hola, Robert —saludó.

— ¿Qué tal, doctor Penn? —dijo el primero—. Ya he terminado con la paciente.

— ¿Se refiere usted a la señorita Urdan?

— Si se llama así, en efecto, doctor Penn. Como puede ver, he iniciado en ella la primera etapa de la fase preparatoria…

Penn se acercó a la mesa y contempló el rostro de la durmiente.

— ¡Rayos! —juró—. Esa mujer no es Emily Urdan.

— ¿Cómo? —exclamó Robert.

— He dicho Emily Urdan —contestó Penn de mal talante—. Pero ¿cómo pudo usted…?

— Perdón, doctor Penn, pero yo tenía en mi agenda, para hoy, a las dieciséis y quince y en la habitación 5 C, preparación de una paciente. He venido aquí, la he encontrado y he iniciado la fase de preparación; eso es todo.

Penn frunció el ceño. De pronto, descubrió el bolso de la chica y lo abrió con manos nerviosas. Al cabo de unos segundos, dijo:

— Esa chica se llama Cecily Erdan, Robert.

El otro médico tenía la boca abierta.

— ¡Atiza! —exclamó—. La hemos hecho buena.

— Y tanto —gruñó Penn—. Como que el proceso es ya irreversible y tiene que seguir hasta el final.

— Pero si ella no quería…

— Ahora ya es tarde; hemos de completar todas las fases o moriría por inanición, al no poder despertarse— dijo Penn—. Robert, tendrá que encargarse de esa chica.

— Sí, doctor, pero… ¿qué pasará después? Porque, me imagino, Emily Urdan tendría ya asignado su hibernáculo.

— Es lógico, pero no debe preocuparse por una minucia semejante. —Penn sacó una libreta de su bolsillo y repasó algunas de sus páginas antes de seguir—: Asigne a Cecily Erdan el hibernáculo veintidós, bóveda seiscientos T. ¿Entendido?

— Desde luego, doctor Penn. Ahora, otra dificultad. Económica, por supuesto.

Penn se echó a reír.

— No se preocupe, amigo Robert; Emily Urdan es lo suficientemente rica para abonar su factura y la de esta encantadora muchacha —contestó.

Se guardó la agenda y se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y miró al médico joven:

— La verdad —agregó—, no acabo de entender a muchas personas, y llevo años en la profesión. No sé para qué quieren dormirse ahora y despertar dentro de cien años. Todos esperan algo mejor, un mundo nuevo… ¡pero puedo asegurarle que el mundo seguirá siendo cada vez peor! —concluyó cínicamente el doctor Penn.

* * *

El rugido de la multitud llegaba claramente a la estancia, a pesar de los gruesos cristales del gran ventanal. La habitación era grande, lujosamente amueblada y el suelo estaba cubierto por una alfombra que tenía al menos tres dedos de espesor.

— Están locos —dijo David MacCarr, mientras llenaba dos copas con el vino contenido en un frasco de finísimo cristal tallado—. Te

lo digo, John, locos de remate.

La mirada de John Irving se posó en los leños de la chimenea, que estaba encendida, pese a la excelente temperatura del exterior.

— Locos, no, David —contestó—. Piden, simplemente, algo muy lógico. Piden que se les conceda lo que todo el mundo ha ambicionado desde que el primer hombre supo encender el fuego por sí mismo.

— ¿La inmortalidad, John? —preguntó David, arqueando las cejas.

— Por lo menos, algo parecido. Y creo que tienen derecho a ello.

— ¿Lo crees así? —sonrió MacCarr.

— Indudablemente, como también pienso que la hibernación de los seres humanos fue un gran avance tecnológico, pero también un error sociológico de incalculables consecuencias.

— ¡Reaccionario! —se burló MacCarr amistosamente.

— Llámame como quieras, pero no me harás cambiar de opinión. Y si lo deseas, te explicaré por qué pienso de esa manera, David.

— Sería muy curioso oírte, en efecto —admitió MacCarr—. Habla, te escucho —dijo, a la vez que, con la copa en una mano y un grueso cigarro en la otra, se repantigaba en un cómodo sillón.

Irving se levantó, cruzó la estancia y atizó el fuego. Luego tomó un habano y se sentó frente a su amigo.

# CAPÍTULO II

— En un principio —empezó diciendo Irving—, sólo se hibernaban los ricos, naturalmente, los que padecían alguna enfermedad incurable según los conocimientos de la ciencia, y lo hacían para esperar a que la medicina progresase lo suficiente para, al cabo de un siglo de sueño, despertar y saber que podían ser curados. Por supuesto, costaba dinero, mucho dinero y, como digo, no todos podían ser hibernados. Además, los procedimientos eran inseguros y hubo un alto porcentaje de fracasos.

»Pero después, poco a poco, la ciencia de la hibernación avanzó vertiginosamente y el tanto por ciento de fracasos se redujo hasta llegar a cero. Entonces, lógicamente, los procedimientos se abarataron y fueron muchos los enfermos incurables que se hicieron hibernar, para esperar mejores tiempos para sus dolencias. Claro está, los gobiernos previsores dictaron leyes a fin de que sólo esa clase de personas pudieran ser sometidas a una hibernación y hemos de convenir en que eran unas leyes muy justas.

»Ahora bien, yo no conozco época de la humanidad en que la ley no haya sido burlada, cuando no escarnecida. Pronto surgieron los que, disponiendo de dinero en abundancia, se hacían hibernar, por el sencillo procedimiento de comprar conciencias. Les costaba muchísimo más que a los legalmente autorizados, pero ¿qué podía importarles el dinero en sus circunstancias?

— Eso es cierto —admitió MacCarr—. Sigue, sigue, John; te escucho con verdadero interés.

Irving tomó un sorbo de vino y dio una chupada al cigarro antes de continuar:

— Imagínate un anciano de ochenta o noventa años, al que, lógicamente, la vida le ofrece ya muy pocas perspectivas. Pero tiene dinero y se hace sumir en hibernación. Ese viejo confía en que, dentro de cien años por ejemplo, se haya descubierto una droga rejuvenecedora; y probablemente, será verdad, como llegó a serlo. Estará dormido cien años, despertará, se hará aplicar la droga y se convertirá en un hombre maduro, de unos cincuenta años. ¿Qué pasará al cumplir los ciento?

— Se hará hibernar de nuevo.

— Exactamente. Le costará una gran suma de dinero, pero valdrá la pena. Y como despertará siempre con más experiencia que nunca, no le será difícil conseguir más dinero. Ahora bien, cada vez eran más los que burlaban las leyes. Se han creado centros de hibernación, por supuesto clandestinos, a los que acuden gentes con dinero. Los directores de esos centros, consiguen auténticas fortunas. Pero la hibernación se ha popularizado más y más cada vez y la presión de los ciudadanos sobre los gobiernos se hace irresistible. ¿Por qué sólo se pueden hibernar los ricos?

Todo el mundo tiene derecho a la hibernación, para dormir cien años y despertar luego con las probabilidades de ser rejuvenecido. Como puedes comprender, la mayor parte de la producción se ha encaminado a la construcción de grandes hibernatorios, que acogen a los cada vez más numerosos «clientes». Los seres humanos, cuando llegan a cierto límite de edad, ya no van al cementerio, sino al hibernatorio. Y cada vez más y más y más… David, ¿no te imaginas las consecuencias que esto puede acarrear?

— Dime, por favor, John —pidió MacCarr.

— Sencillamente, un aumento desmesurado en la población terrestre. Sí, hay muchos en estado de hibernación, pero continuamente despiertan y se unen a los vivos… y la población terrestre sigue aumentando, sin que decrezca, porque a medida que la gente se va hibernando, se despierta también. ¡Y nadie muere nunca, a no ser por accidente!

»Pero los accidentes, como las guerras, nunca han rebajado el número de habitantes de la Tierra en proporción apreciable. Ni siquiera las grandes epidemias de la Edad Media lo consiguieron, David.

—¿Y…?

— Y ahora, como es lógico, todos quieren ser hibernados y gratuitamente además. Yo lo encuentro muy natural, David. ¡Qué diablos!, en un principio, las bicicletas, como los automóviles, se hicieron sólo para los ricos. Pero después, todo el mundo pudo disponer de su bicicleta y más adelante de su automóvil. ¿Por qué ahora no va a disponer cada uno de su propio hibernáculo, en las bóvedas hibernatorias?

MacCarr, asintió, preocupado.

— Pero no es posible…

El rugido de la multitud hizo vibrar los cristales del ventanal.

— Explícale eso a tu pueblo, Ministro de Hibernación— dijo Irving, impasible—. Explícale que no se puede permitir que cada habitante de la Tierra disponga de su hibernáculo propio. El automóvil no alargaba la vida, sino, en ocasiones, todo lo contrario, pero un hibernáculo…

— Hemos llegado a un punto realmente crítico —admitió MacCarr—. La verdad es que no sé cómo resolverlo, John.

— Temo que no vas a tener tiempo de encontrar el remedio, David —opinó Irving sombríamente—. Mira esa muchedumbre que se dirige hacia aquí. Traen palos, piedras, hachas… y hasta anticuadas armas de fuego, pero que, a pesar de todo, me parece que funcionan perfectamente.

— ¡Vienen a matarnos, John! —dijo MacCarr, preso del pánico.

Irving apuró el vino de su copa.

— Sí, David —confirmó—. Vienen a matamos, porque la masa, cuando enloquece, no sabe razonar. Y no se le puede pedir que razone, por supuesto.

Una piedra rompió uno de los cristales. El bramido de la multitud penetró a través de la abertura.

— ¡Abajo el Ministro de Hibernación!

— ¡Hibernáculos para todos!

Más piedras volaron por los aires. Una golpeó a Irving en el hombro y le hizo tambalearse. Pero no por ello perdió la compostura.

Miró a su amigo. MacCarr estaba lívido.

— ¡Ánimo, David! —dijo, sonriente—. Será rápido.

Más piedras entraron. Un hombre se echó su fusil a la cara.

Sonó un tiro. Luego se oyeron más disparos, muchos disparos.

La multitud asaltó el salón. MacCarr y su amigo habían muerto ya y no se dieron cuenta de que los colgaban cabeza abajo de un farol.

De haber vivido, el frío y sarcástico Irving hubiera apostrofado a los enfurecidos linchadores de esta manera:

—¿Y ahora, qué? ¿Vais a conseguir más hibernáculos?

Saciada su sed de venganza, la multitud se quedó paralizada durante unos instantes. Luego, uno de sus cabecillas gritó:

—¡A los hibernatorios! Si nosotros no podemos ser hibernados,

que mueran los que están allí.

Un colosal rugido aprobó las palabras del individuo. La masa enfurecida se separó del edificio.

Pero apenas se había puesto en movimiento, cuando hombres y mujeres empezaron a caer, retorciéndose de dolor, a la vez que preferían terribles alaridos.

Todos caían de la misma forma: retorciéndose epilépticamente, con las manos en las sienes, los ojos saltándose de las órbitas y las caras desfiguradas por terribles muecas de dolor.

A los pocos minutos, la anchurosa avenida estaba llena de cuerpos, cuyos movimientos se hacían cada vez más débiles. Finalmente, aquellos seres humanos adquirieron la inmovilidad de la muerte.

Y lo mismo sucedió en todas partes, en todas las ciudades, en todas las aldeas.

La Tierra quedó cubierta de cadáveres.

* * *

El grupo de hombres, extrañamente uniformados, avanzó a paso lento por la avenida, llena de cuerpos inmóviles, en los que ya se había iniciado el proceso de descomposición.

Todos vestían de la misma manera: casco, coraza pectoral y dorsal y protectores metálicos para brazos y piernas. Como armas llevaban espadas de hoja ondulante y unas extrañas pistolas que pendían de su cinturón.

El casco era sumamente grande y tenía forma cilíndrica hasta veinte centímetros de la frente, rematando luego en un prolongado cono, del que sobresalía una antena, que sostenía una rejilla de finísimo metal blanco. En la parte anterior del casco había dos orificios.

Los soldados avanzaban con grandes precauciones. Delante del grupo iba una patrulla de exploración, llevando en las manos lo que parecían cajas de detección.

Una nave descendió súbitamente de lo alto. Tenía forma esférica, era de color dorado y en su ecuador se veían unos extraños dibujos de color rojo vivo, alternados con trazos negros y plateados.

El jefe de los soldados se puso rígido en el acto.

— ¡Alto! —gritó—. ¡Viene el Supremo Guía!

Los guerreros se detuvieron también. Cuatro patas sustentadoras aparecieron en la parte inferior de la esfera, que se posó segundos después en el suelo, aplastando decenas de cadáveres. Una lluvia finísima brotó de centenares de orificios y cayó sobre los muertos, disolviéndolos en cuestión de segundos.

Minutos más tarde, con el suelo limpio en torno a la nave, se vio abrirse una escotilla, de la que se desplegó una escalera. Varios hombres, lujosamente ataviados con uniformes y corazas dorados, aparecieron en la abertura.

Todos llevaban también casco, pero sólo el de uno de ellos era dorado. El hombre del casco dorado paseó la mirada por los alrededores y a sus labios afloró una singular sonrisa.

— Creo que hemos triunfado —dijo.

El oficial que mandaba la fuerza se adelantó y puso la mano izquierda en el costado del mismo lado, en señal de saludo.

— Todo en orden. Supremo Guía —dijo en tono respetuoso.

— ¿Habéis tropezado con inconvenientes, capitán? — preguntó Odurk, Supremo Guía de los Hudnijs.

— Ninguno, señor. Algún raro superviviente, pero ha sido eliminado en el acto. Puedo afirmar, sin lugar a error, que este planeta está deshabitado por completo.

— Magnífico, capitán. ¿Cómo te llamas?

— Tuhoiln, Supremo Guía.

— Está bien, Tuhoiln. Quedas ascendido a coronel. Las antenitas que sobresalían de los dos orificios frontales del casco de Tuhoiln vibraron de placer.

— Te doy las gracias, Supremo Guía —contestó.

— Te lo mereces, Tuhoiln. Has hecho una buena labor, pero ahora me gustaría encomendarte otra. Menos brillante, pero, tal vez, más práctica.

— Soy tu obediente servidor, Supremo Guía.

Las antenas de Odurk oscilaron rapidísimamente de derecha e izquierda y viceversa, rozándose levemente al encontrarse en el centro. Era el gesto clásico de desagrado de los Hudnijs.

— Es preciso hacer desaparecer los cadáveres— dijo—. Toma las naves que necesites y encárgate de ello. La división de Sanidad te facilitará todo el disolvente que sea preciso.

Tuhoiln volvió a llevarse la mano izquierda al costado.

— Así lo haré, Supremo Guía —contestó.

Tuhoiln y su tropa se alejaron. Odurk se volvió hacia sus acompañantes.

— Creo que hemos hecho una buena operación —dijo, mientras sus antenas se agitaban con pequeños círculos en sus extremos, síntoma evidente de placer—. Un planeta lleno de riquezas, abundante en seres vivos no inteligentes, plantas de todas clases y con una gran proporción de agua y gases respirables. Sí, la Tierra será en lo sucesivo la morada de nosotros, los Hudnijs, pero…

— Pero ¿qué, señor? —preguntó, servilmente ansioso, uno de los miembros de su estado mayor.

Las antenas de Odurk se agitaron disgustadamente.

— La atmósfera está muy contaminada —dijo—. No obstante —agregó—, espero que pronto, y por causas naturales, llegue a descontaminarse y llegue a ser tan pura como la del planeta que abandonamos para instalamos aquí.

# CAPÍTULO III

Los pasos sonaban rítmicamente en las inmediaciones. Ray Solarte se tiró al suelo, detrás de unos arbustos, y contuvo la respiración.

Una patrulla de invasores pasó cerca del lugar en que se hallaba. Ray contempló una vez más el extraño aspecto de aquellos seres llegados de las profundidades del espacio.

Su cara era repulsiva. Tez ligeramente azulada, ojos triangulares, aunque redondeados en los ángulos, una breve protuberancia en lugar de nariz y una boca que más bien era una hendidura que llegaba casi de oreja a oreja, además de las antenas.

— Bueno, hasta los agujeritos ésos que ellos deben de llamar oídos — se dijo Ray.

Torció el gesto al ver las caras de los invasores entre el ramaje.

— Claro que, cuando ellos se miren al espejo, si es que tienen ese pequeño vicio, deben de encontrarse guapísimos. Todo es cuestión de costumbre, por supuesto —pensó.

Los invasores se alejaron. Ray esperó unos minutos. Era prudente tenerlos lejos, cuanto más lejos, mejor.

De pronto, oyó cascos de caballo. Volvió a agacharse.

Un escuadrón de invasores, convertidos en jinetes, pasó al trote por delante de él. A continuación seguían tres carretas cargadas con cadáveres de animales: vacas, corderos y hasta algún ciervo.

A Ray se le hizo la boca agua. Si no fuese porque…

Apretó instintivamente la culata de la pistola que llevaba al cinto. Era su única arma, aunque, hasta entonces, había evitado todo encuentro con los extraterrestres. Ray no era cobarde; simplemente, sabía ser prudente.

Transcurrió media hora. El lugar quedó desierto al fin.

Los ojos de Ray se fijaron entonces en la alta montaña que tenía frente a sí, dominando la fértil llanura en que se encontraba. Un caudaloso río se deslizaba mansamente a un par de kilómetros del pie de la montaña.

Ray se volvió boca arriba y sacó del bolsillo un gastado y grasiento mapa. Después de consultarlo unos momentos, se volvió de nuevo a mirar hacia la montaña.

—Ésa es, no hay duda alguna —murmuró.

Lentamente, se atrevió a incorporarse. Tenía unos prismáticos y exploró la llanura.

A lo lejos, junto al río y a su izquierda, se divisaba un pueblo. El objetivo de Ray no era el pueblo, sino la montaña.

Avanzó cautelosamente, volviéndose con frecuencia. Descuidarse en un mundo lleno de invasores, significaba la muerte.

Una hora después, llegó junto al río. Se acuclilló junto a la orilla y descansó durante unos minutos.

Las aguas eran claras, transparentes. Ray sonrió.

—Es lógico. Antes era prácticamente un albañal, una vía de desagüe para las fábricas y cloacas. Ahora ya no funcionan las fábricas ni se utilizan las cloacas.

La atmósfera poseía igualmente una transparencia singular. El aire era puro y agradable de respirar.

Descansado, Ray entró poco a poco en el río y nadó suavemente, dejándose llevar más bien por la corriente hasta la otra orilla. Puso pie en tierra, se sacudió como un perro mojado y empezó a trotar de nuevo, sin molestarse en perder tiempo para secarse la ropa.

Media hora más tarde, estaba al pie de la montaña. Ahora sacó un plano y lo consultó atentamente.

—Tengo que desviarme doscientos metros más al sur —dijo.

Hablaba para no perder la costumbre de modular palabras y escuchar más sonidos que los producidos por la naturaleza.

—Como hacía Robinson Crusoe en su isla —añadió, sonriendo.

Y se dijo si él no era un Robinson en su propio planeta.

Al cabo de un rato, se detuvo de nuevo. Frente a él se alzaba un muro rocoso, cubierto en gran parte por maleza, pero en el que se veían señales indudables de haber sido alisado artificialmente.

Ray apartó la maleza con las manos y llegó ante una puerta de metal, sobre cuyo dintel se leía un rótulo:

HIBERNATORIO N° 5.077

(Terminantemente prohibida la entrada sin autorización especial)

Ray sonrió amargamente.

— ¿Y quién necesita ahora una «autorización»? —exclamó.

Empujó una de las dos hojas de la puerta, que cedió fácilmente. Un túnel oscuro apareció ante sus ojos, pero Ray sabía cómo obviar el inconveniente.

Momentos más tarde, tenía una antorcha en la mano. Avanzó a lo largo del túnel. Las lámparas que lo habían iluminado antaño estaban apagadas.

Ray conocía las causas. Empezó a sentirse decepcionado.

— Otro nuevo fracaso —murmuró.

Doscientos metros más adelante, y con cientos de metros de roca sobre su cabeza, se encontró de pronto en una gran rotonda, llena de sarcófagos encristalados.

Había varios cientos, colocados en hileras circulares. Ray los fue examinando uno por uno.

Los sarcófagos estaban vacíos. El que más, tenía algunos huesos; lo corriente era ver sólo un montoncito de cenizas.

— Todos, todos murieron —dijo.

Los hibernados necesitaban un mínimo de condiciones para sobrevivir en estado de suspensión animada. La energía eléctrica era indispensable para ello.

Y los invasores habían ido localizando hibernatorio tras hibernatorio y desconectando las máquinas que permitían vivir a los humanos en estado de sueño durante muchos años.

Una y otra vez repasó los hibernáculos. No había uno solo ocupado.

Todos vacíos.

— Solo, completamente solo —dijo, casi con un gemido.

Estuvo así unos momentos. Luego, resignado, sacó el plano de su bolsillo y lo consultó de nuevo.

Al dorso había una serie de cifras, números y posiciones geográficas. Ray se dijo que no debía desanimarse.

— Algún hibernatorio debe quedar en funcionamiento— dijo—. Encontraré congéneres durmiendo y los despertaré.

El siguiente hibernatorio estaba a unos trescientos kilómetros. Una semana o tal vez diez días, calculó Ray.

Tampoco tenía prisa, pensó.

Salió al exterior. El sol le dio de lleno en los ojos.

— Si encontrase compañía… —suspiró.

Era terrible estar solo, sentirse Robinson en la Tierra.

Emprendió el regreso al río. En el camino encontró algunos árboles frutales. Comió unas jugosas peras que saciaron su sed y calmaron su apetito. En otro momento, se dijo, cazaría algún conejo.

— O un pavo, tal vez.

La caza abundaba ahora, después del exterminio del animal más temible: el hombre. Comer no era ningún problema, pese a las depredaciones de los invasores, que sólo habían llegado a dominar la Tierra por sus armas, no por su número.

Poco después, llegaba junto al río y se dispuso a atravesarlo. Entonces fue cuando oyó la voz:

—Eh, amigo.

Era una voz femenina, clara, fresca, de tonos joviales. A Ray le temblaron las piernas y empezó a sudar.

* * *

Después de largos meses de soledad, oír una voz que no fuera la suya, provocó en Ray una especie de shock que le hizo dudar de la integridad de su mente.

¿Estaba soñando?

— ¿Es que no me ha oído? —preguntó ella, impaciente.

Ray volvió los ojos. Al otro lado de unos matorrales, divisó a la mujer.

Era joven y muy bonita. Tenía el pelo de color rubio oscuro, casi castaño, y, por lo que podía ver, muy largo. Unos hombros blancos, perfectamente redondeados, asomaban por encima de los ramajes.

— Ho… hola…—dijo Ray, tragando saliva.

Ella agitó una mano.

— Soy Cilly Erdan —se presentó—. Cilly es diminutivo de Celicia.

— Ra… Ray Solarte —contestó él—. E… encantado de co… conocerla, se… señorita…

Todavía no se había repuesto de la impresión. Cilly sonrió encantadoramente.

— ¿Le ocurre algo, Ray? —preguntó—. ¿Tiene dificultades para hablar?

— A veces, el asombro puede paralizar los músculos de la fonación —contestó Ray—. Creía estar completamente solo en el planeta, señorita Cilly.

— ¿Ha dicho solo? —repitió la joven—. Debe de haber ocurrido alguna gran catástrofe, ¿no es así? Cuando desperté, me encontré sola en el hibernatorio… No sabía qué hacer y eché a andar hacia aquí, pero no encontré a nadie en el camino. Lo veo todo mucho más cambiado que cuando me dormí hace cien años, Ray.

— Cien años —silbó él.

— Así es —Cilly se echó a reír—. Ahora tengo ciento veintiuno, Ray.

— Pues nadie lo diría. Pero tengo que darle una mala noticia, Cilly.

— ¿Sí? ¿De qué se trata, Ray?

— Si se hizo hibernar para despertar cuando ya se hubiese descubierto el remedio para su enfermedad, temo que fue algo completamente inútil.

— Ray, yo no me hice hibernar por estar enferma. Lo mío fue una confusión.

— ¿Una confusión? ¡Increíble!

— Pues es la verdad —aseguró Cilly—. Yo había ido a visitar a una persona a una clínica de hibernación y… Bueno, ya se lo contaré más adelante, Ray. Pero puedo asegurarle que a mí me hibernaron contra mi voluntad.

— Una curiosa confusión —calificó Ray—. ¿Estaba en el Hibernatorio número 5.077?

— Sí. Cuando me desperté, todo estaba a oscuras. No quiero decirle el miedo que pasé hasta que encontré a tientas la salida. Créame, Ray, respiré muy aliviada cuando vi la luz del día.

— Me lo imagino —sonrió él—. Pero aquí no podemos quedarnos eternamente, Cilly.

Avanzó hacia la joven, pero Cilly pegó un chillido que le hizo detenerse en seco.

— ¡Alto, Ray!

El joven estaba perplejo.

— ¿Qué le ocurre, Cilly? —inquirió.

La muchacha se puso muy colorada.

— Mis ropas eran sólo un montoncito de polvo cuando me

desperté —contestó—. Y todavía no he podido encontrar nada con qué cubrirme, Ray.

# CAPÍTULO IV

Durante unos segundos, los dos se contemplaron fijamente. Cilly vio ante sí a un hombre de buena estatura, robusto y de tez tostada por el sol y los vientos. Ray vestía camisa de manga corta, pantalones, botas y se cubría con un sombrero blando.

A la espalda llevaba una mochila y en el cinturón, pistola y cuchillo, además de los prismáticos que le colgaban del cuello. Cilly no dejó de percatarse también que Ray iba afeitado, si bien tenía el pelo bastante largo, cosa lógica en semejantes circunstancias.

Ray reaccionó en seguida. Se quitó la mochila, la abrió y sacó de ella una camisa y un par de pantalones, que arrojó al otro lado de los arbustos.

— Ahí va, Cilly —indicó—. Es lo único que puedo ofrecerle por ahora, aunque luego le enseñaré dónde proveerse de toda clase de vestidos.

— Gracias, Ray.

Momentos después, Cilly abandonaba su refugio.

— Ahora me siento mejor —declaró—. ¿Dónde dice que puedo encontrar ropas, Ray?

— Hay un pueblo a cinco o seis kilómetros. Está vacío, claro, como todas las poblaciones de la Tierra.

La mirada de la joven se oscureció.

— ¿Qué ha pasado, Ray? Cuénteme, por favor —rogó.

— Alguien vino del espacio y exterminó a la población terrestre —contestó él sombríamente—. Por lo que yo sé, ocurrió en pocas horas. Aún no sé bien el arma que emplearon; diría que fue un rayo psíquico. Pero los pocos supervivientes que quedaron, fueron cazados sucesivamente como ratas. Si sus rayos psíquicos no servían, usaban otra clase de rayos de color azul, que disparaban con unas extrañas pistolas. La persona alcanzada por uno de estos rayos moría en el acto y se convertía en humo antes de quince minutos.

Los ojos de Cilly reflejaron el horror que le producían aquellas palabras.

— Es espantoso —dijo—. Y usted, ¿cómo ha podido salvarse hasta ahora?

— Lo ignoro —respondió el joven—. Es decir, me he formado una hipótesis, pero no he podido confirmarla hasta ahora. Tengo que dejar pasar algún tiempo antes de saberlo con certeza o pensar en otra posibilidad. Pero, por el momento, voy viviendo y trampeando por ahí, lo que no es poco en estas circunstancias.

— ¿Son muchos los invasores, Ray?

— Varios millones, aunque no puedo precisar un número exacto, como puede comprender. He caminado mucho durante estos tres años y he podido darme cuenta que su número es muchísimo menor que el de los terrestres cuando ellos llegaron a nuestro planeta. Pero tengo la sensación de que están viniendo continuamente, aunque ignoro el medio que emplean para llegar desde su mundo al nuestro.

— Y usted ha sobrevivido hasta ahora.

— He tenido esa suerte. Por otro lado, si hacemos abstracción del exterminio total de la población terrestre, es preciso convenir que fue una catástrofe sumamente beneficiosa para el planeta. Ha desaparecido por completo la contaminación, las aguas están absolutamente limpias y plantas y animales se reproducen ahora con toda libertad, sin el riesgo que suponía la presencia del hombre.

— Es decir hay comida en abundancia.

— Sí, Cilly… pero sólo comida para dos.

Ella se quedó silenciosa un momento.

Luego dijo:

— Si la catástrofe se produjo hace tres años y sólo hay unos pocos millones de invasores, parece lógico suponer que hayan quedado muchas cosas útiles, ¿no es así, Ray?

— En efecto. Todos los edificios están abiertos. Las tiendas y los almacenes conservan aún la mayoría de sus existencias, aunque, como es lógico, muchas cosas se pudren. Pero en cuestión de ropas y herramientas, por ejemplo, no hay escasez de ninguna clase.

— ¿No las aprovechan ellos?

— Usan sus propios ropajes y sé que consumen alimentos terrestres. Pero no es lo mismo dar de comer a cinco, seis o incluso a diez millones de personas, que a veintitantos mil millones, que eran los que vivíamos cuando se produjo la invasión.

Cilly se quedó parada de pronto.

— ¿Cuántos miles de millones ha dicho, Ray? —preguntó.

— Veintitantos mil; estábamos ya cerca de los treinta mil.

— ¿Sabe usted la fecha, Ray? —siguió Cilly.

— Oh, sí, claro. No estoy muy seguro del día, porque, la verdad, apenas me preocupo. Pero puedo asegurarle que estamos en el mes de agosto del año dos mil ciento diecinueve.

— ¡Atiza! —exclamó la muchacha—. Si no me hubiesen hibernado por confusión, diría que me han estafado.

— ¿Qué? —respingó el joven.

— Lo que oye, Ray. Yo recuerdo muy bien que el día en que me durmieron, por confusión, era un jueves, antevíspera de mi cumpleaños. Precisamente había ido a ver a una amiga para invitarla personalmente a la fiesta que pensaba dar en mi casa.

— Bien, pero ¿qué día era ése, Cilly?

— Nueve de julio de dos mil ciento dieciséis. —Cilly lanzó una alegre carcajada—. ¡Qué contenta me siento, Ray! Sólo tengo veinticuatro años, en lugar de ciento y pico, como yo creía.

— Bueno, pues no cabe duda de que se trata de una afortunada confusión —dijo Ray—. Lo curioso del caso es que todos los ocupantes del hibernatorio están muertos y sólo usted es la superviviente. Un día iré por allí a ver qué es lo que produjo el milagro.

— Yo tampoco me lo explico, Ray. Sólo sé que estoy despierta… y que me siento muy contenta de ello.

Ray dejó de sonreír súbitamente.

— ¿Qué le pasa? —preguntó ella, extrañada.

— Cilly, estamos vivos, es cierto —contestó el joven—; pero si no andamos con los ojos bien abiertos, es muy probable que no sigamos con vida mucho tiempo.

* * *

Cilly se sintió muy impresionada al escuchar aquellas palabras. Sin saber por qué, sintió un profundo miedo.

— ¿Son invencibles, Ray? —preguntó.

— Imagino que debe haber alguna forma de combatirlos con éxito, pero ¿qué podemos hacer dos personas solas contra tantos enemigos? Nuestro único recurso estriba en intentar sobrevivir a toda costa, Cilly.

— Se me ocurre una idea, Ray —dijo ella de pronto.
— Bien, hable, se lo ruego.
— ¿Qué tal si intentásemos congraciamos con los invasores? No es cosa que me seduzca demasiado, pero tampoco podemos dejamos llevar por falsas ideas sobre el honor. En estas circunstancias, sobrevivir es lo que importa, creo yo.
— Es cierto, Cilly —admitió él—. Pero su idea es impracticable.
— ¿Por qué, Ray?
— He tenido ocasión de ver a algunos que intentaron hacer lo mismo que usted propone. Ya se puede imaginar, bandera blanca, mano derecha alzada, somos amigos y todo lo demás. Ni siquiera se molestaron en escucharles. Los fulminaron apenas les echaron la vista encima, Cilly.
El horror de la muchacha aumentó.
— Ya nosotros nos harían lo mismo —dijo.
— Es razonable pensar que sí. Por esta razón, yo los he esquivado casi de continuo. Ciertamente, podría haber matado a alguno de ellos con mi pistola. Los he visto morir de accidente y, pese a su aspecto físico, nada agradable para un terrestre, son tan humanos como nosotros. Lógicamente, las balas servirían para combatirles… pero, mientras pueda, prefiero continuar esquivándolos.
— Una actitud muy sensata, Ray —aprobó la muchacha—. Y, dígame, ¿es cierto que emplean un rayo psíquico para matar a sus enemigos?
— Algo por el estilo. Si el rayo psíquico les falla, cosa rara, emplean sus armas. Pero de ordinario sólo usan el rayo psíquico.
— Usted, sin embargo, ha evitado hasta ahora ser alcanzado por uno de esos rayos.
— Sí, y lo que más difícil me resulta es encontrar una explicación lógica para mi supervivencia. He visto morir a varias personas, alcanzadas por sus psicorrayos y no todas estaban juntas. Yo me había escondido, claro, pero, al menos en teoría, debería de haber muerto también en aquel momento.
— Sin embargo, sigue vivo.
— Por fortuna, Cilly. Usted también está viva y, según parece, de un modo inexplicable. Pero éstos no son los momentos de explicaciones, aunque ya llegarán algún día. Lo importante es que

estamos vivos.

Cilly lanzó un profundo suspiro.

— Sí, eso es lo importante… aunque me gustaría saber qué perspectivas tenemos, Ray —dijo.

— Hace tres años que trato de ensanchar las mías, Cilly —contestó él—. Por ahora, y exceptuándola a usted, no se puede decir que haya tenido demasiada fortuna. La verdad, Cilly, es que podemos considerarnos como Robinsones en nuestro propio planeta.

— ¿Los dos solos, Ray?

— Sí, Cilly.

Siguió un momento de profundo silencio. El rio seguía deslizándose mansamente cerca de la pareja.

Al cabo de un rato, Cilly dijo:

— Ray, ¿no tenemos ninguna probabilidad de… como dijo antes, ensanchar nuestras perspectivas, con otros congéneres?

— Llevo intentándolo hace tres años, Cilly —respondió el joven —. Parezco un nuevo Judío Errante; apenas si me detengo lo suficiente para descansar. Continuamente voy en busca de bóvedas hibernatorias donde encontrar personas dormidas para despertarlas; de este modo, como puede comprender, nos sentiríamos menos solos. Lamento decirle que hasta ahora no he encontrado a ningún superviviente, ni despierto ni dormido. Salvo a usted, claro.

— Es impresionante —confesó ella—. Pero, en el supuesto de que encontremos algún hibernatorio en condiciones, ¿sabría usted despertar a los que ahora yacen en sus hibernáculos?

— Sin duda alguna, Cilly —contestó él sonriendo—. Debo confesarlo, aunque me sienta avergonzado. Yo era uno de esos médicos jóvenes y, en apariencia competentes, que se dedicaban exclusivamente a hibernar a la gente, en lugar de curar las enfermedades. A veces pienso si esa catástrofe provocada por los invasores no nos la teníamos más que merecida.

— ¿Por qué, Ray? —preguntó Cilly, curiosa.

— Son consideraciones filosóficas que me hago a veces —dijo Ray—. Demasiado largas para exponerlas ahora. Antes tenemos que hacer cosas más interesantes.

—Sí, Ray. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

El brazo de Ray se tendió hacia el horizonte.

— Allí hay un pueblo —dijo—. Necesitamos reponer nuestro

equipo, sobre todo usted, claro. ¿Sabe manejar las armas?

— Bueno, apretar el gatillo de un revólver no es muy difícil. Pero no me gustaría tener que hacerlo, Ray.

— Tampoco a mí, pero si es preciso para salvar nuestras vidas, apretaré el gatillo todas las veces que sea necesario, créame — contestó él con firme acento.

# CAPÍTULO V

A Cilly le causó una tremenda impresión el pueblo abandonado. El silencio se le hizo deprimente, intolerable.

Había algunas casas que amenazaban ruina. La mayoría, sin embargo, ofrecían buen aspecto, si bien se notaban claramente los estragos del tiempo.

Faltaban muchos cristales y ya se veían puertas por el suelo, lo mismo que rótulos y cables. En cambio, los árboles aparecían más frondosos que nunca.

Ray se detuvo de pronto ante una tienda de modas.

— Muchos de los tejidos estarán podridos, pero aún encontrarás prendas en buen estado —indicó—. Y no te molestes en tomar demasiada ropa; lo que sobran son sitios donde reponerla.

Cilly sonrió.

— Es un buen consejo —respondió—. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto?

— A veces tomo unas cuantas latas de conserva. Pero prefiero la comida natural: carne y pescado. Se puede cazar y pescar con toda facilidad —repuso el joven. Y añadió—: Mientras te vistes, yo voy a ese almacén. Hay armas de fuego y ya estoy algo escaso de municiones.

— Búscame un buen revólver —pidió ella, cuando ya entraba en la tienda.

Ray se dirigió al almacén. Nunca había sido fumador, de modo que el tabaco no le preocupaba. En cambio, sí cargó en la mochila un par de botellas de vino; un traguito en las comidas resultaba muy reconfortante.

Ahora eligió un fusil y se terció al pecho una canana llena de cargadores, además de un par de cajas de balas de repuesto. Renovó también sus provisiones de fósforos y luego se miró sus botas, en mal estado.

Cambió de calzado y echó en la mochila unos cuantos pares de calcetines, un par de camisas y unos pantalones. Todavía estaban en verano; cuando llegase el mal tiempo, tendrían que procurarse ropas de abrigo.

Tenía hambre y abrió una lata de pan en conserva y otra de

carne. Sonrió, imaginándose a Cilly probándose vestidos continuamente.

— Así da gusto, poder ponerse ropa sin tener que pensar en las facturas —dijo.

Terminó de comer y tomó un vasito de vino.

— Me siento como nuevo —murmuró.

Ya había elegido también un revólver y municiones para la muchacha. De súbito, oyó un agudo chillido al otro lado de la calle.

— ¡Ray! ¡«Ellos»! ¡Están ahí!

Fusil en mano, Ray se precipitó hacia la puerta. Al llegar afuera, divisó a un pelotón de invasores que avanzaban despacio por el centro de la calle.

De una ojeada, Ray se hizo cargo de la situación.

Cilly» ya vestida con ropas nuevas y con un sombrero muy parecido al suyo, estaba en la puerta de la tienda. Los invasores se hallaban a unos cincuenta o setenta pasos y avanzaban en hilera, cubriendo toda la calle.

Ray extendió una mano:

— ¡Quieta dónde estás, Cilly! —indicó.

Ella se quedó inmóvil. Ray vaciló un segundo.

Los invasores parecían sorprendidos, pero no mucho. Ray pensó que era una patrulla de limpieza y que no resultaba extraño para ellos encontrarse con supervivientes.

Levantó el rifle. Los invasores seguían caminando.

Ray dudó de nuevo, pero no tardó en tomar una decisión.

— Defiendo nuestras vidas —murmuró.

Y apretó el gatillo.

* * *

Uno de los invasores pegó un brinco y cayó al suelo, fulminado por el proyectil. Ray observó que la bala había arrancado chispitas plateadas de su coraza, en el momento del impacto.

Los demás, siete u ocho, se quedaron atónitos.

Alguien se atrevía a atacarles. Era la primera vez que esto ocurría y Ray lo advirtió en el acto.

Disparó de nuevo. Otro soldado se desplomó, fulminado por un pesado proyectil blindado de calibre 7,62.

El fusil era semiautomático. Ray lamentó no haberse apoderado de una metralleta, pero era algo que podía subsanar en el futuro, se dijo.

Los invasores empezaron a reaccionar. Sin embargo, era evidente que no estaban acostumbrados a semejante tipo de combate y sus reacciones resultaron demasiado lentas para el fusil de Ray.

Momentos después, seis cuerpos yacían por tierra. Quedaba un invasor vivo y Ray le destrozó la mano de un balazo, cuando se disponía a usar su pistola.

El extraño se sentó en el suelo, con las facciones deformadas por el dolor. Ray se acercó a él lentamente, sin quitar el dedo del gatillo.

— Me has vencido —dijo el invasor con voz gutural—. Mátame. Nosotros, los Hudnijs, no sobrevivimos a la derrota.

Ray se acuclilló frente a él. Temerosamente, Cilly se acercó paso a paso a los dos hombres.

— Nosotros no rematamos a los vencidos —contestó Ray—. Pero sí quiero hacerte algunas preguntas.

El Hudnij le miró extrañado.

— ¿No vas a matarme? —preguntó.

— No —Ray habló ahora por encima del hombro—. Cilly, mira a ver si encuentras algo que pueda servir de venda.

— Sí, Ray —contestó la muchacha.

Ray continuó:

— En primer lugar, dime, ¿por qué vinisteis a invadirnos?

— Vuestro planeta es un mundo rico. Lo necesitábamos para nosotros.

— Y para ello fue preciso exterminar a casi treinta mil millones de seres.

— Ésa es la suerte que corren todos los pueblos débiles —dijo el herido orgullosamente.

— La impresión de debilidad de los terrestres es cuestión de simple apreciación —sonrió Ray—. Ya has visto que he matado a seis de los tuyos y yo no he recibido el menor daño, como tampoco la mujer que me acompaña. Pero antes, dime, ¿qué significa el nombre de Hudnijs?

— Así nos llamamos nosotros —contestó el herido—. Mi nombre

particular es Tlarn.

Cilly llegó en aquel momento. Arrodillándose junto a Tlarn, empezó a vendarle la mano herida.

— No debieras molestarte —dijo el invasor—. No te lo agradeceré.

— Aquí no hacemos las cosas sólo porque nos las agradezcan —respondió ella fríamente.

Tlarn pareció desconcertarse un poco.

— ¿Cuál es vuestro número? —preguntó Ray.

— En este momento, unos doce millones. Pero siguen llegando desde nuestro planeta.

— Al parecer, pensáis afincaros aquí.

— ¿Puedes dudarlo? La Tierra tiene de todo cuanto necesitamos. Aquí nos quedaremos para siempre.

— Temo que estáis en un error. La vuestra es una maquinaria perfecta, pero yo juraría que os va a entrar en ella un granito de arena —dijo Ray.

— ¿Cómo? —exclamó Tlarn, desorientado.

— No me hagas caso, Hudnijs — contestó el joven —Ya lo sabrás a su debido tiempo. Pero sin duda tenéis un jefe, ¿no es así?

— Por supuesto. Nuestro jefe es Odurk, Supremo Guía de los Hudnijs —respondió Tlarn orgullosamente.

— ¡Hum! Eso me suena general en jefe o cosa por el estilo. ¿Hay alguien más por encima de ese tal Odurk?

— Sí, claro, el Gran Consejo de Supremos Guías. Odurk obedece sus indicaciones, aunque, desde luego, tiene poderes discrecionales para llevar a cabo los planes establecidos.

— Planes de invasión, por supuesto. ¿Está en la Tierra ese Gran Consejo?

— No, aún sigue en nuestro planeta. Sólo se instalará aquí cuando la ocupación haya sido absoluta.

— Es decir, cuando nuestro planeta quede deshabitado.

— Sí —confirmó el herido.

Cilly se levantó de pronto.

— Ya está —dijo.

Tlarn se miró su mano vendada.

— Lo has hecho muy bien —aprobó.

— No te lo merecías, pero convenía que ella te curase —dijo Ray

—. Así verás a tu Supremo Guía y le llevarás un mensaje de mi parte.

Tlarn se puso en pie lentamente.

— ¿Cuál es el mensaje? —inquirió.

— Dile esto simplemente: Yo, Ray, y la mujer que me acompaña, Cilly, declaramos la guerra total y absoluta a los invasores de nuestro planeta. No habrá cuartel en lo sucesivo y mataremos a cuantos encontremos a nuestro paso; y así seguiremos, hasta conseguir que los Hudnijs abandonéis vuestros planes de invasión.

Tlarn emitió una sonrisa de desdén.

— ¿Dos contra millones? —se burló.

— Desconocéis nuestras costumbres. Eso es malo, Tlarn, te lo aseguro —respondió el joven serenamente.

— Malo para vosotros, claro —agregó Cilly.

— Está bien, transmitiré el mensaje, pero antes pediré un médico para que cure al Supremo Guía del ataque de risa que le dará cuando lo conozca —respondió Tlarn sin abandonar su tono despectivo.

— Ya veremos quién reirá el último. ¡Vete!

— ¡Espera un momento! —intervino Cilly.

Tlarn la miró inquisitivamente.

— Dime, hembra —habló con sequedad.

Ella se ruborizó al oírse llamar de aquel modo, pero se rehízo y preguntó:

— ¿Cómo sabes hablar tan bien nuestro lenguaje?

— Hemos encontrado numerosas grabaciones y cintas sonoras. No es difícil; nuestro lenguaje es infinitamente más complicado y nosotros, los Hudnijs, poseemos una gran facilidad lingüística, debido, sobre todo, a nuestra gran potencia mental —contestó Tlarn.

— Aclarado —dijo Cilly—. Por mí, ya se puede ir.

Ray hizo un gesto con la mano.

— Saludos a Odurk —despidió al invasor.

Tlarn le dirigió una extraña mirada. Pero no dijo nada; dio media vuelta y se alejó con paso que procuraba ser firme.

El silencio volvió a la calle durante algunos momentos.

* * *

Cilly fue la primera en hablar.

— Ray, esto parece una escena de aquellas antiguas películas del Salvaje Oeste —observó.

— Sí, pero faltan los curiosos que salen a observar a los muertos y a comentar las incidencias de la pelea. Y esos Hudnijs usaban armas más potentes que simples «Colts» de seis tiros.

— Es cierto —admitió ella—. Bien, ¿qué te ha parecido el diálogo con Tlarn?

— Interesante, muy interesante… pero ven y come algo; lo estás necesitando. Oye, ¿sabes que te has puesto muy guapa?

Cilly se esponjó.

— Las ropas están mejor conservadas de lo que tú pensabas —contestó—. ¿Crees que son prácticas, Ray?

Él la contempló durante unos momentos. Cilly, además del sombrero, muy parecido al de Ray y que había elegido precisamente por lo cómodo de su diseño, vestía una blusa, pantalones y botas de media caña y tacón bajo. Su pelo estaba recogido dentro del sombrero, lo que prestaba una nueva expresión a su fisonomía.

— Sí, es el mejor indumento que has podido elegir —contestó él, pasados algunos instantes—. ¿Sabes?, de la conversación con Tlarn he obtenido observaciones muy interesantes… pero mejor será que lo discutamos mientras comes algo.

— Lo necesito —suspiró Cilly—. Para ser el primer día de mi nueva vida, ha resultado un poco movido, ¿no crees?

— Cierto, aunque ninguno de los dos podemos quejarnos— contestó Ray—. Entra, por favor.

Ray buscó entre los estantes y preparó comida para la muchacha. Cilly se sentó en un mostrador, al que previamente había quitado el polvo y la suciedad, y empezó a comer sin más dilación.

# CAPÍTULO VI

El vino con que finalizó su comida puso color en unas mejillas pálidas después de tres años de sueño. Cilly miró al joven y sonrió.

— Ahora me siento muchísimo mejor declaró sinceramente.

— Lo celebro. ¿Quieres fumar?

— Me parece que he perdido la costumbre —respondió la muchacha—. Bien, ¿cuáles son tus observaciones, Ray?

— La primera de todas es que los Hudnijs no son invulnerables a una bala. Si he de ser franco, te diré que ésa fue una de las causas por las cuales eludí hasta ahora todo encuentro con ellos. Lo cual no significa que vaya a dedicarme, de ahora en adelante, a la labor exclusiva de matar Hudnijs.

— Eso me parece muy bien. Así pues, tú creías que las balas no les causaban ningún daño.

— Dadas sus características, pensé que podrían estar protegidos de alguna manera, pero ya hemos visto que no es así. Otro de los datos obtenidos es que la migración —porque ahora, una vez consumado el exterminio de la población terrestre, ha pasado de invasión a migración, nombre más ajustado a la realidad—, no ha concluido todavía. Los Hudnijs siguen llegando a la Tierra y piensan finalizar así sus planes, ocupando el planeta en nuestro lugar.

— Temo que lo consigan —dijo Cilly tristemente—. ¿Qué podemos hacer dos contra millones?

— Bien, Cilly, antes mencioné a Tlarn la metáfora del grano de arena en una maquinaria perfecta. Tal vez él no me entendió, pero tú sí sabes lo que quise decirle.

— Desde luego. ¿Piensas que nosotros seamos ese granito de arena?

— Antes hay que hacer muchas cosas y averiguar más todavía. No se puede luchar contra un enemigo sin una adecuada información.

— Es obvio. Pero, una vez la consigas, ¿qué harás?

Ray extendió sus manos.

— Me falta esa información para elaborar un plan que pueda dar resultado —contestó—. Uno de los datos que hemos de averiguar es por qué tú y yo seguimos con vida, cuando todos han muerto. Como

te he dicho ya, presencié más de un encuentro entre Hudnijs y terrestres. Los Hudnijs ganaron siempre con sus rayos psíquicos o lo que sea.

— ¿Y no crees que hoy los habrán empleado contra nosotros?

— Indudablemente, pero ¿por qué no hemos sentido sus efectos? Yo estoy vivo desde el primer día, y tú, hoy, te has tropezado con ellos y no te ha pasado nada. Eso es algo que nos convendría saber, créeme.

— Estoy de acuerdo contigo, pero ¿cómo lo harás?

— Ahora creo que debí haber apretado un poco más las clavijas a nuestro prisionero. Ya es un poco tarde para rectificar, aunque no para capturar más prisioneros.

— Puede que no sean tan comunicativos como Tlarn — objetó Cilly.

Ray la miró fijamente.

— Le haremos hablar —aseguró.

Cilly se estremeció.

— Sí, Ray —murmuró. Hizo una corta pausa y añadió—: Dime una cosa: supongamos, que ya es tener fantasía, supongamos, repito, que ganas la partida. ¿Qué pasará después?

— Hace ya tres años que persigo un objetivo —respondió el joven—. Quiero encontrar un hibernatorio intacto. En cada uno de ellos hay, o había, miles de personas en sus hibernáculos. Si encontrase un hibernatorio intacto, esos miles de personas constituirían el nuevo núcleo de una humanidad terrestre. Pero si lo encontrase ahora, resultaría mucho mejor, porque contaríamos con más elementos para el combate.

— Entiendo. Sin embargo, hasta ahora, has fracasado.

Ray hizo un gesto de asentimiento.

— Al parecer, los Hudnijs quisieron asegurarse el dominio del planeta e inutilizaron los centros de energía de los hibernatorios —contestó—. Pero no es posible que los hayan encontrado todos; había miles y miles…

— Y tú no has revisado todos los existentes.

— No he tenido tiempo material, ciertamente.

— El problema es conocer su ubicación, Ray —alegó Cilly.

— No es problema. Estuve en los archivos del Ministerio de Hibernación y conseguí planos y listas. Tenemos tiempo de sobra, te

lo aseguro.

— Con permiso de los Hudnijs, Ray.

Hubo un momento de silencio. Luego, la mano de Ray se posó sobre el fusil que estaba encima del mostrador.

— Lo obtendré a tiros —contestó resueltamente.

Cilly se apeó del mostrador.

— ¿Dónde está mi revólver? —preguntó.

Ray sonrió.

— Aquí lo tienes —dijo, entregándole el cinturón canana con la pistolera—. Recuerda una cosa: cuando te enfrentes con un Hudnij, dispara primero y pregunta después.

— Como en el Viejo Oeste, ¿no? —dijo ella, mientras se ceñía el cinturón en torno a las caderas—. Dime, Ray; ¿nos quedaremos aquí?

— No sería conveniente, después de la refriega —declaró Ray—. Seguramente, enviarán una fuerte patrulla a investigar. Pero hay escondites de sobra.

— Podríamos guarecernos, al menos por esta noche, en el hibernatorio donde yo he estado tres años.

— No es mala idea —aprobó él. Buscó una mochila, puso algunas cajas de cartuchos de revólver y entregó todo a la joven—. Conviene que hagas algunas prácticas con el arma en cuanto se presente la ocasión.

— De acuerdo.

Ray se cargó la mochila a la espalda y agarró el fusil, ya recargado. Luego se asomó a la puerta.

La calle continuaba desierta. Solamente se veían los cadáveres de los seis Hudnijs abatidos por las balas salidas del fusil de Ray.

— El campo está libre —dijo—. ¡Vámonos, Cilly!

* * *

Habían pasado dos semanas.

El aspecto de Cilly había mejorado considerablemente. Con un ligero aumento de peso, su silueta se veía mucho mejor construida. Ella misma notaba ya dureza y elasticidad en sus músculos, aparte de un mejor tono general en su organismo.

Su cara empezaba a tostarse. Además, podía resistir ya muchos

kilómetros a pie. En más de una ocasión, había discutido con Ray la conveniencia de capturar y amaestrar un par de caballos, pero el joven rechazo la oferta.

— Dependeríamos demasiado de los animales y, además, seríamos mucho más visibles —fue el alegato en contra de la sugerencia de la muchacha.

Habían localizado ya dos hibernatorios. En todos ellos, sus habitantes se habían convertido en polvo. Ray seguía sin comprender cómo había podido sobrevivir y despertarse la muchacha.

La experiencia les había demostrado que los Hudnijs no se acercaban ya a un hibernatorio destruido. A veces, Ray y Cilly lo usaban como refugio.

Eran grandes estancias, excavadas directamente bajo la roca. Había algunos hibernatorios que medían dos kilómetros de largo por uno de ancho y su bóveda debía ser sostenida por grandes columnas. Allí encendían fuego para cocinar sus alimentos y bajo aquellas bóvedas hacía Cilly sus prácticas de tiro.

Quince días más tarde de su encuentro, Ray sacó una vez más el mapa y lo consultó unos momentos.

— El hibernatorio más próximo, el número doscientos diez, está a jomada y media de marcha. Hay una ciudad a dos kilómetros, hacia el sur. En tiempos tuvo unos ciento doce mil habitantes, así que allí encontraremos materiales de todas clases para reponer los que hemos consumido durante todos estos días. Además, yo conozco esa ciudad.

— Es terrible vagar continuamente y no encontrar una sola persona —se lamentó ella—. Parecemos náufragos en una isla desierta…

— Sólo que en nuestro caso la isla tiene el tamaño de un planeta. Pero como no tengamos mejor suerte, temo que seguiremos así por el resto de nuestros días. Suponiendo que, además, consigamos expulsar a los Hudnijs.

— ¡Menuda tarea! —calificó Cilly con pesimismo—. Aquí me gustaría a mí ver al Hércules de la mitología y a sus doce trabajos célebres. Se cubriría de ridículo, te lo aseguro.

Ray se echó a reír.

— No saldría bien parado, desde luego —convino.

— Hay una cosa que no he conseguido explicarme todavía —dijo Cilly—. Murieron todos los seres humanos, pero tengo la sensación de que los Hudnijs no se dedicaron luego a enterrarlos. ¿Cómo es que no hemos encontrado un solo esqueleto, Ray? En tres años, deberían de haber quedado al menos los huesos…

— Vi lo que hacían después de una de sus matanzas— explicó el joven—. Lanzaban un líquido de alto poder disolvente y, en pocos minutos, los cadáveres se convertían en gas.

— Un bonito método de limpieza —dijo Cilly, estremeciéndose. Y, de súbito, percibió un sonido casi nuevo para ella—. ¿Oyes, Ray?

Eran cascos de caballo. Ray no perdió el tiempo y la empujó hacia unos arbustos próximos.

— Escóndete, Cilly —dijo—. No hagas ruido, por lo que más quieras.

Ella reaccionó presurosamente y se tendió al pie de los arbustos. Los caballos estaban cada vez más cerca.

Se oyeron voces autoritarias. Eran chirriantes, desagradables.

Cilly empuñaba su revólver con decisión. Ray tenía el fusil a punto.

Ray se asomó cautelosamente y vio que se trataba de una patrulla de cuatro o cinco jinetes. Resultaba casi absurdo ver a los extraterrestres, con sus raras vestimentas, montados en los cuadrúpedos, que parecían manejar con notable habilidad.

Sin embargo, observó, no empleaban riendas para guiarlos. Se preguntó por qué no utilizaban aquel arnés tan esencial en la monta.

El jefe de la patrulla detuvo bruscamente su caballo, que se alzó de manos. Ni siquiera necesitó agarrarse a las crines para mantenerse sobre los lomos del animal.

— Dos, por la derecha, y dos, por la izquierda —ordenó perentoriamente—. Nos reuniremos a veinte minutos de aquí, hacia el sur.

Los jinetes se desplegaron. Aterrado, Ray advirtió que dos de ellos iban a pasar justamente por el lugar en que se encontraban.

* * *

Los jinetes aparecieron súbitamente en el pequeño claro. Su

sorpresa fue enorme al ver a dos terrestres a pocos pasos de distancia.

El fusil y el revólver detonaron de repente con gran estruendo. Los jinetes cayeron en el acto.

— ¡Cuidado, ahora vendrán los otros, Cilly! —advirtió Ray.

La muchacha se volvió. Los dos que ya se alejaban, regresaban a galope tendido. El jefe cargaba furioso contra el lugar donde habían sonado los disparos, llevando en la mano derecha su extraña pistola.

Ray lo derribó de dos disparos bien dirigidos. Una raya de luz azulada pasó de pronto entre los dos jóvenes.

Cilly hizo fuego y demostró que su entrenamiento no había sido hecho sin fruto. El cuarto jinete se desplomó, con tres balas en la cabeza y el pecho.

El último, indeciso, se detuvo. Ray tomó puntería con más cuidado que nunca.

Pero su bala fue dirigida al cráneo de la montura. El caballo se desplomó, fulminado.

El jinete rodó por tierra, aturdido. Lanzando un grito de júbilo, Ray se precipitó contra él y le desarmó de un puntapié, antes de que pudiera empuñar su mortífera pistola.

— ¡Cilly, tenemos un prisionero! —gritó.

# CAPÍTULO VII

El Hudnij yacía en el suelo, contemplando con ojos furiosos a sus captores.

— Habéis cometido un grave error —dijo.

— ¿Sí? —Ray sonrió con burla—. No me digas ahora que tienes miedo a la muerte.

La cara del invasor sé puso aún más azulada. Ray dedujo que era un síntoma de temor.

— Levántate —ordenó.

El Hudnij obedeció. Su casco estaba en el suelo, pero no hizo el menor ademán por recobrarlo. Ray observó que el cráneo de su prisionero tenía muy poco pelo, de color casi blanco y de hebras sumamente finas.

— Vosotros no usáis riendas ni bridas para guiar a los caballos —dijo—. ¿Qué procedimientos usáis?

— Se lo ordenamos mentalmente, empleando nuestros cascos —contestó el prisionero.

— ¡Rayos! ¿Has oído, Cilly?

— Portentoso —calificó ella—. Pero pregúntale mejor cuál es el procedimiento que emplean para matar a los terrestres.

— ¿Has oído, Hudnij?

— El casco potencia enormemente nuestra energía mental. El cerebro de nuestros adversarios resulta así destruido.

— Increíble —murmuró el joven—. Aunque eso lo explica todo… salvo una cosa. ¿Por qué ella y yo estamos vivos?

El Hudnij hizo un gesto ambiguo.

— También a mí me gustaría saberlo —respondió.

— ¿No hay protección contra esos rayos psíquicos?

— Solamente el casco. Pero vosotros no lo lleváis y estáis vivos.

La mano de Cilly se crispó en torno al brazo de Ray.

— ¿Nos habremos convertido en seres superiores? — dijo, temerosa.

— Lo dudo mucho. Otros habrían sobrevivido también—contestó Ray—. Tiene que haber alguna respuesta para este enigma… pero no me siento capaz de encontrarla hasta ahora.

Fijó la vista en los muertos.

— Dime, Hudnij, esos cascos, ¿protegen también al que los lleva de los psicorrayos de un adversario?— preguntó.

— Suponiendo que haya alguien, además de nosotros, con capacidad suficiente para hacerlo —respondió el prisionero orgullosamente.

— Nosotros lo probaremos —aseguró Ray—. Vete.

El Hudnij le miró asombrado.

— ¿No… me matas?

Ray hizo un signo negativo.

— Sospecho que tú eres un simple número, engañado por quienes decidieron invadir nuestro planeta. Aunque hayas matado a muchos de los míos, aunque hayas querido matarnos a nosotros mismos, te perdono por esta vez. Vete.

El Hudnij no se hizo repetir la orden y echó a correr. Ray lanzó un suspiro.

— Y seguimos sin averiguar por qué estamos vivos —se lamentó.

— Bueno, lo mejor de todo es que seguimos con vida, no importan los motivos —dijo la muchacha—. Ray, ¿te importa que pruebe uno de esos cascos?

— Oh, claro que no —Ray se inclinó y recogió el que había abandonado el prisionero—. Toma, Cilly.

Ella se quitó el sombrero y se puso el casco. Dijo sonriendo:

— Voy a hacer una prueba, Ray.

Los ojos de Cilly se fijaron en uno de los caballos que, sin jinete, pastaba libremente por las cercanías. Cilly emitió una orden mental y el caballo, tras alzar vivamente la cabeza un instante, trotó hacia ella.

— ¡Es cierto, es cierto, Ray! —gritó, exultante de alegría—. Le ordené que viniera y el caballo ha obedecido.

* * *

Ray se sentía atónito. Con ojos radiantes de júbilo, Cilly palmeaba afectuosamente el cuello del cuadrúpedo.

— De modo que…

— Sí —confirmó Cilly—. Di una orden mental y el caballo obedeció. Tú lo has visto, ¿no?

Ray meditó unos instantes. Luego, de pronto, dijo:

— Cilly, concéntrate. Quiero que me ordenes dormirme. ¿Entiendes?

Ella abrió la boca un instante, pero en seguida se percató de los propósitos del joven.

— Sí, Ray.

Le miró fijamente. Emitió una orden mental: «Duérmete… duérmete…»

Pero Ray no notó nada.

— Lo siento, no capto tus rayos psíquicos —dijo.

— Pero yo te he ordenado que te durmieras —exclamó ella, muy extrañada.

De repente, lanzó una exclamación:

— Ray, ¿qué llevas en el sombrero?

El joven respingó.

— ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber.

— Quítatelo, te lo ruego —insistió ella.

Ray obedeció. Cilly emitió de nuevo su orden mental: «Duérmete… duérmete…».

Una espesa niebla se formó en el acto ante los ojos de Ray, que notó una gran flojedad de piernas. Las imágenes se hicieron borrosas casi de repente.

— Te… tengo mucho sueño… —dijo con voz insegura.

Y se tendió en el suelo.

«Despierta, levántate», ordenó ella.

Ray se incorporó de un salto. Sus ojos brillaban de un modo extraño.

— ¿Por qué antes no y ahora sí?

Cilly sonreía, al mismo tiempo que hacía girar el sombrero del joven en la punta de su dedo índice.

— Creo que tengo la solución —dijo.

— ¿Cuál es? —gritó Ray ávidamente.

— Mira la cinta de adorno de tu sombrero. ¿Qué ves en ella?

— Es una cinta de colores, azul y amarillo…

— Azul y oro, Ray. El azul es tejido, pero mezclado con finísimos hilos de oro. Cuando llevas el sombrero puesto, una banda de cuatro centímetros de anchura, con un sesenta o setenta por ciento de metal, al menos, rodea tu cráneo. ¡Y cuando a mí me durmieron llevaba en el pelo una cinta análoga!

Ray estaba boquiabierto.

— Es… verdad. Siempre he usado sombreros con esta clase de cinta, aunque de colores distintos… Pero ¿por qué las fabricaban con hilo de oro?

— Las modas, hombre, las modas. Pero no indumentarias en este caso, aunque luego tomasen este sentido. ¿No recuerdas, hace unos cuatro años, la propaganda que se hizo de las cintas con tejido de hilos de oro, de media décima de milímetro de espesor, de las que se decía que curaban y evitaban dolores de cabeza y toda clase de cefalalgias? La cinta, en el sombrero, para los hombres; y adornando la cabeza y sujetando el pelo, para las mujeres.

— Sí, ahora recuerdo —contestó él—. Pero era una superchería; esa clase de cintas no curaba las cefalalgias, Cilly.

— Según y cómo y la persona que la llevaba, Ray. Claro que era preciso fabricar la cinta que fuese vistosa, para que tuviera mejor venta.

— La medicina —se lamentó él—. ¡A qué extremos había llegado! Superchería, engaño, medicinas inofensivas que se presentaban como panaceas, hibernación para todo el mundo… ¡Y pensar que yo era uno de los sujetos metidos en aquel repugnante engranaje!

— Puede que sí, pero eso es lo que te ha salvado la vida ahora. Como a mí, Ray.

— Pero cuando yo te encontré no llevabas ni siquiera una cinta en el pelo…

— Me la quité al despertarme —explicó ella—. Y si ahora no me ha sucedido nada, es porque me puse un sombrero muy parecido al tuyo.

El caballo piafó de repente. Cilly se volvió hacia el animal.

«Anda, puedes irte», le dijo mentalmente.

El caballo volvió grupas y se alejó al trote. Ray contempló un momento su sombrero, aún en manos de Cilly, y luego miró al casco que ella llevaba puesto.

— Haremos una cosa —dijo—. Llevaremos cada uno un casco, pero, por ahora, los sombreros son más seguros. Cuando encontremos a otra patrulla de Hudnijs, haremos una prueba con los cascos. ¿Te parece bien?

— Aprobado —contestó Cilly alegremente—. El enigma está

resuelto, Ray.

— Sí, pero queda otro —alegó él.

— ¿Cuál es? —inquirió la muchacha.

— ¿Por qué unos seres, de civilización tan adelantada, no usan vehículos terrestres para sus desplazamientos y se limitan a cabalgar, como los guerreros de otros siglos?

— Tienes razón —convino Cilly—. Es otro enigma… aunque su importancia, creo, es mucho menor. ¿Seguimos, Ray?

— Sí, desde luego.

* * *

Odurk, Supremo Guía de los Hudnijs, contemplaba el espectáculo desde la ventana de su despacho, en el edificio donde había instalado su cuartel general.

El edificio, en tiempos, había formado parte de las instalaciones de un aeropuerto. Los Hudnijs habían hecho ciertas modificaciones.

Una de ellas consistía en tres grandes torres metálicas, de unos cien metros de altura y veinte de anchura en la base, rematadas por sendas esferas que, en realidad, no eran sino poliedros de gran número de caras. Las esferas giraban con gran lentitud y sus facetas despedían vivísimos destellos al ser heridas por los rayos del sol.

La distancia entre cada torre era de un cuarto de kilómetro. De súbito, las esferas se iluminaron por dentro.

Primero apareció un globo de luz roja, de tonos muy oscuros. El rojo se hizo más claro gradualmente, se degradó a anaranjado, pasó a amarillo fuerte y, al fin, la variación de tonalidad se estabilizó en un blancoamarillento de intensísimo resplandor.

Un colosal fogonazo surgió de repente en el centro del triángulo formado por las tres esferas, de casi cuatrocientos metros de diámetro, que flotaba suspendido en el aire, a pocos metros del suelo.

— Un aterrizaje perfecto, señor —dijo Krodt, comandante del astropuerto.

Odurk hizo un gesto de asentimiento. La esfera terminó de posarse en el suelo; entonces se abrieron en su parte inferior una docena de escotillas, por cada una de las cuales empezaron a salir cientos de guerreros, en perfecta formación.

— ¿Cuántos vienen en este viaje, Krodt? —preguntó Odurk.

Krodt consultó un documento.

— Dieciséis mil setecientos veintisiete, señor —dijo.

— Pocos —rezongó Odurk—. Necesitamos más, muchos más… o la migración no se acabará nunca.

— Tropezamos con un serio problema, señor. Tú ya lo sabes; la energía para la estación receptora.

— Es cierto —convino Odurk—. ¿No puede aumentarse, Krodt?

— Con los mecanismos actuales, es imposible, señor. Sería preciso construir un generador gigante y torres de medio kilómetro de altura. Tal vez, entonces, podamos recibir una nave diaria, en lugar de una semanal, como hasta ahora.

Había otro Hudnij en la estancia. Odurk se volvió hacia él.

— Coronel, tome nota para un mensaje al jefe de Ingenieros: Urgente construcción de una estación receptora de… ¿Cuánto debe ser superior en capacidad a la actual, Krodt?

— Veintidós veces, por lo menos, señor. Si se construye con esa potencia, me comprometo a hacer un viaje diario —respondió el comandante del astropuerto.

— Ya lo ha oído, coronel. Dígale también al jefe de Ingenieros que empiece a trabajar en los planos cuanto antes. Si no tiene hombres suficientes, que los pida; le daremos cuantos sean necesarios.

— Sí, señor.

El coronel saludó y salió. En la puerta se cruzó con otro oficial de su misma graduación.

— Hola, Tuhoiln —saludó.

— Hola, Boxr —contestó el que salía.

Odurk oyó el nombre del recién llegado y se volvió.

¿Novedades, Tuhoiln? —inquirió.

— Sí, señor. Otra de nuestras patrullas ha sido atacada por terrestres y, como en la ocasión anterior, sólo ha quedado un superviviente —informo Tuhoiln.

# CAPÍTULO VIII

Odurk se paseaba nerviosamente por su despacho. Frente a él, Tuhoiln aguardaba impasible.

Al cabo de unos momentos, Odurk suspendió sus paseos.

— ¿Cuántos eran los atacantes, Tuhoiln? —preguntó.

— Dos, señor. Hombre y, como dicen ellos aquí, mujer.

— ¿Hay noticias de más supervivientes?

— Por ahora, no, señor.

— ¿Qué me cuenta usted de los hibernatorios, coronel?

— Con moderado optimismo, diría que todos están destruidos, señor. No queda ningún ser viviente en ellos.

— Pero dos han conseguido sobrevivir, nos atacan y dan muerte a nuestros guerreros. ¿Cómo es eso, Tuhoiln?

— Señor, puedo explicarte la forma en que murieron nuestros guerreros —dijo el coronel.

Odurk hizo un gesto con la mano.

— Sí, eso ya lo sé; emplean armas que hacen mucho ruido y disparan proyectiles metálicos perforantes, de alta velocidad —manifestó—. Pero, ¿por qué sobreviven esos dos, precisamente?

— Lo ignoro, señor. Los dos supervivientes de las patrullas han informado de manera análoga: vieron a los terrestres, dispararon sus psicorrayos… y no ocurrió nada. Ello les hizo perder un tiempo precioso y los terrestres se les anticiparon con sus armas.

— ¿Tendrán un cerebro superior al nuestro? —murmuró Odurk, muy preocupado.

— Quizá, señor —contestó Tuhoiln, pero su tono era inseguro.

— ¿Qué me dice usted de aumentar la potencia de los cascos?

— Imposible, señor.

— ¿Por qué?

— Se han hecho pruebas. Todas dieron resultado negativo. No hay emisión de psicorrayos con mayor potencia en el transformador interior del casco. Los científicos dicen que entonces se produce un fenómeno de reflexión que incluso podría ser mortal para el que lleva el casco.

— Entonces, ¿doce o trece millones de Hudnijs estamos indefensos ante dos terrestres?

— Se puede enviar una fuerza numerosa —sugirió Tuhoiln—. Sufriremos bajas, qué duda cabe, pero el número es garantía de victoria, señor.

Odurk se acarició el mentón puntiagudo.

— No es mala idea —dijo—, pero a mí se me ocurre otra mejor, coronel.

— Así tiene que ser, señor —contestó Tuhoiln, adulador.

— La idea consiste en capturar vivos a los terrestres. Tuhoiln, cuando un enemigo, de momento, resulta invencible, conviene conocer las armas que emplea. De este modo, se le puede derrotar. ¿Me has comprendido?

Tuhoiln sonrió.

— Haré todo lo posible por capturarlos, señor —prometió.

* * *

El rio se deslizaba mansamente a pocos pasos de distancia. Cilly se detuvo y lanzó un profundo suspiro.

— Hace mucho calor —se quejó—. Ray, ¿te importa que me bañe?

El joven sonrió.

— Hazlo —contestó—. Yo me quedaré aquí, vigilando.

— De acuerdo.

Cilly se alejó unos pasos y se situó al otro lado de unos arbustos. Momentos después, Ray oyó el ruido de un cuerpo al sumergirse en el agua.

Cilly estuvo un buen rato dentro del rio. Luego salió y dejó que el sol secase su cuerpo. Al terminar, empezó a vestirse.

Poco después, se acercó al joven. Su pelo estaba todavía húmedo.

Ray la miró sonriendo. Ella le miró también.

Ambos guardaron silencio. Luego, Ray dio un paso hacia delante.

Cilly se dejó abrazar. El beso de Ray la sumió en una deliciosa languidez.

Los grillos cantaban cerca. Un cuervo graznó en la copa de un árbol cercano. Arriba, en lo alto, un águila daba vueltas lentamente. De pronto divisó a un conejo y cayó en picado sobre su presa.

El conejo chilló desesperadamente. Ray y Cilly no percibieron ningún sonido.

Pasaron algunos minutos. Cilly, con el seno todavía alborotado y las mejillas sonrosadas, se sentó sobre sus talones y miró sonriente a Ray.

Ray sonreía también. Alargó una mano y la atrajo hacia sí. Cilly escondió la cabeza en su pecho.

— Querido, me siento tan feliz…—murmuró.

— ¿No será porque ambos somos la única pareja sobre la Tierra? —preguntó él.

— Quizá…, aunque también creo que lo mismo hubiera sucedido, si hubiese más hombres —contestó Cilly.

— Sí, yo también pienso igual, querida. Pero hemos de pensar en que, aunque no lo parezca, no estamos solos.

Cilly dejó de sonreír.

— ¿Conseguiremos algún día expulsar a los invasores?— preguntó, mirándole a los ojos.

Ray fue a decir algo, pero un ruido que sonaba en las inmediaciones se lo impidió.

— El sombrero, rápido —dijo.

Cilly se separó de él y se encasquetó el sombrero. Ray hizo lo mismo, y luego, con el fusil en la mano, se arrastró hasta unos matorrales cercanos.

— Demonios —masculló—. Ahora son muchos más que en otras ocasiones.

Había al menos un centenar de jinetes, al frente de los cuales iba un hombre con insignias plateadas. Ray dedujo que debía de ser su jefe.

— Un escuadrón de caballería invasora —murmuró sarcásticamente—. No deja de ser irónico… Ah, si dispusiera de un buen batallón de infantes.

De repente se acordó de un detalle.

— Los cascos, Cilly —dijo.

Ella se arrastró por el suelo y volvió a los pocos momentos con los dos cascos. Ray cambió su sombrero por un casco.

— Tú no te lo quites, Cilly —indicó—. Cúbreme con el revólver.

— Ten cuidado, Ray —pidió ella, muy aprensiva.

— No te preocupes, nena.

Ray se puso en pie y salió a terreno descubierto. Tuhoiln lo vio a cincuenta pasos y lanzó un grito:

— ¡Allí está! ¡No olviden mis órdenes; hay que capturarlos vivos!

Los jinetes se desplegaron en el acto. Pero apenas habían dado una docena de pasos, cientos y cientos de hombres, vestidos con uniformes manchados, para la lucha en la selva, y armados con fusiles y ametralladoras, aparecieron súbitamente frente a los invasores y por sus flancos.

Tronaron los fusiles y crepitaron las ametralladoras. La confusión entre los atacantes fue enorme.

Los caballos se espantaron y numerosos jinetes fueron derribados a tierra. Otros quedaron tendidos, inmóviles, sangrando por las heridas recibidas.

Tuhoiln fue uno de los primeros en caer, sin comprender muy bien lo que había sucedido. Pero sólo estaba herido en un costado.

El resto de los jinetes, aterrados, volvieron grupas y escaparon a galope tendido. Las armas callaron y volvió el silencio.

Ray, no menos asombrado que los Hudnijs, se acercó a su jefe y le miró fijamente.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó.

— Tuhoiln… —contestó el Hudnij débilmente—. Coronel de… ¿De dónde has sacado tantos guerreros?

Ray sonrió.

— ¿Guerreros? ¿Dónde están? —contestó.

Hizo un gesto con la mano y los soldados desaparecieron. Los heridos, atónitos, vieron que sus heridas sanaban instantáneamente.

El fusil de Ray apuntó a Tuhoiln.

— ¡Quietos todos o mataré a vuestro jefe! —gritó—. ¡Marchaos, ahora mismo!

El asombro impedía reaccionar a los Hudnijs. Cabizbajos y humillados, emprendieron la retirada.

Tuhoiln se miró el costado. La sangre había desaparecido y su estado era completamente normal.

— No entiendo —dijo, sumido en el más absoluto desconcierto —. ¿Cómo lo has conseguido?

— Permíteme que me reserve el secreto —sonrió Ray—. Pero sí te diré una cosa, que no es sino repetición de lo que dije hace

tiempo a otro de tus guerreros. Hablé de un granito de arena en una maquinaria perfecta. ¿No te informó de ello?

— Sí, y creo comprender el significado de esas palabras. Pero ¿no has pensado en nuestro número?

— No lo olvido un solo momento —respondió el joven—. Es algo que siempre tengo presente. Sin embargo, seguiré peleando hasta echaros de mi planeta.

— Me gustará verlo —dijo Tuhoiln, sonriendo desdeñosamente.

— Quizá no lo veas, pero los Hudnijs acabarán marchándose de la Tierra. Y ahora, basta de conversación. Vete.

Tuhoiln saludó maquinalmente con la mano izquierda en el costado. Luego quiso agacharse para recoger su casco, pero Ray se lo impidió.

— Déjalo ahí —ordenó.

— Es humillante para mí…

Ray no dejó seguir al Hudnij.

— El casco es un arma —le interrumpió—. Por tanto, no permito que te la lleves.

Tuhoiln se encogió de hombros.

— Volveremos a vernos —aseguró.

— La próxima vez te estaré mirando por encima de mi fusil —contestó Ray, impávido.

Tuhoiln se alejó. Ray y Cilly quedaron solos nuevamente.

— Tenemos trabajo, Cilly —dijo él, pasados unos minutos.

— ¿Qué clase de trabajo, Ray? —preguntó Cilly.

— Hay muchos cascos abandonados. No quiero consumir municiones, perforándolos a tiros uno por uno. Los amontonaremos y echaremos encima ramas secas. El fuego no los destruirá del todo, pero sí los inutilizará por completo.

— Buena idea —aprobó ella sin vacilar.

* * *

La ciudad que había anunciado Ray días antes estaba a pocos cientos de metros de distancia. Atrás, cerca del horizonte, quedaba una columna de humo, que indicaba el fin de cincuenta o sesenta cascos Hudnijs.

—Todo el rato estoy acordándome del susto que se llevaron los

invasores— dijo Cilly riendo—. ¿Cómo se te ocurrió imaginarte nada menos que un batallón de infantería?

— Ya te dije que haría una prueba con nuestros cascos —respondió él—. Cuando vi tantos jinetes reunidos, la verdad, me desanimé un poco al principio, pero luego reaccioné. Traté de concentrarme y pensé en que desearía enviar mis radiaciones mentales a través del casco, imaginándome a los soldados desplegados con sus fusiles y ametralladoras. Dio resultado, Cilly.

— Y ellos los vieron como tú querías… y yo también. ¿Cómo puede suceder tal cosa, Ray?

— Ciertamente, no sabría explicártelo, a no ser que mi casco aumente extraordinariamente la potencia de mi cerebro. Pero quizá he llegado al máximo y si vinieran mil Hudnijs, tal vez el ardid no diera resultado.

— ¿Tú crees?

— Si vienen aunque sólo sean doscientos Hudnijs, te lo aseguro, Cilly, procuraré estar bien escondido. Es de suponer, además, que ellos procurarán precaverse contra una situación semejante.

— Sí —admitió ella, preocupada—. No siempre podemos ganar empleando el mismo método. Tenemos que encontrar otro, pero, ¿cuál?

Ray pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

— Ya lo encontraremos —dijo confiadamente.

Poco después, entraban en la ciudad. Uno de los primeros edificios era grande y de forma casi cúbica, con varios pisos, casi todos ellos acristalados.

— Hombre —exclamó Ray—, los «Laboratorios de Investigación Murwee». Ahí trabajé yo una temporada, antes de pasar a formar parte del engranaje que extraía dinero a los tontos que se querían hibernar.

— No sabía que hubieras sido investigador —dijo Cilly.

— Estuve un par de años, pero me cansé, lo confieso. Me dejé tentar por la oferta del director de la clínica de hibernación. Menos trabajo y más dinero. —Ray suspiró—. No me lo reproches; la naturaleza humana es débil.

Cilly le apretó la mano con gesto cariñoso.

— No se puede decir que ahora te hayas entregado a la holganza y a la molicie —contestó—. ¿Qué hacías en el laboratorio?

— En realidad, la empresa Murwee tenía un contrato casi en exclusiva con el Ejército.

— ¡Hum! ¡Eso me huele a investigaciones sobre guerra bacteriológica, Ray!

— La palabra correcta es guerra química —puntualizó él—. Al otro lado de la ciudad hay un campamento militar.

— Deshabitado, claro.

— Imagínate.

El silencio era deprimente. Aquella población, tres años atrás, había sido un floreciente emporio de riqueza y actividad en todos los sentidos. Ahora ya no era más que un conjunto de edificios vacíos, algunos de los cuales mostraban ya claros síntomas de ruina.

— Solos, estamos solos —murmuró Ray una vez más, desalentado repentinamente.

# CAPÍTULO IX

— De modo que un hombre solo os derrotó a ti y a más de cien jinetes.

Tuhoiln bajó los ojos, avergonzado de su derrota.

— Lamento confesarlo, señor —respondió—. Nos enfrentamos con algo completamente nuevo…

— Teníais las pistolas lanzarrayos —dijo Odurk.

— Se usaron contra nuestros atacantes, señor. Pero sus descargas resultaban inútiles. Ninguno caía y todos continuaban disparando sus fusiles de ruido. No acabo de comprender cómo…

— Sugestión, hipnosis —dijo Odurk preocupadamente—. Ahora, más que nunca, es preciso capturar a esos dos terrestres. Nuestros científicos deben estudiar sus cerebros y sacar las consecuencias de lo ocurrido.

— Sí, señor. Quiero pedirte un favor.

— Dime, Tuhoiln.

— Deseo borrar la vergüenza que supone mi derrota. Permíteme que me encargue de capturar a los supervivientes.

Odurk vaciló un instante.

La estancia se iluminó con un vivísimo fogonazo. Otra nave surgió entre los tres postes que guiaban el aterrizaje.

— De acuerdo —accedió finalmente—. Encárgate de los supervivientes. Pero ¿tienes algún plan?

Tuhoiln sonrió.

— Se me ha ocurrido uno… —Y lo explicó.

Los ojos de Odurk chispearon.

— Excelente idea —elogió—. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes?

— La culpa fue mía, señor —dijo Tuhoiln, con el servilismo de costumbre—. Debí sugerirlo desde un principio, pero creí que su captura sería más fácil. Lo siento, señor.

— No te preocupes, Tuhoiln. Anda, pon en práctica ese plan y vuelve aquí con los dos supervivientes.

— Sí, señor.

Tuhoiln saludó y salió del despacho. Otro hombre entró a continuación.

— Señor, los planos para la instalación de la nueva estación receptora están en marcha —informó—. El jefe de Ingenieros asegura que antes de una semana tendrá listos todos los elementos.

— Llegarán naves con mayor capacidad, supongo.

— Podremos recibir una diariamente, con cuarenta y tres mil ciento nueve personas a bordo —aseguró Krodt—. Dentro de dos años, a este ritmo, la migración habrá concluido totalmente, señor.

Odurk volvió los ojos hacia el astropuerto. Interminables filas de guerreros salían de las escotillas de la nave recién llegada.

Odurk se sintió henchido de satisfacción. Cuando la conquista de la Tierra fuese completa, a él le correspondería un puesto muchísimo más elevado del que desempeñaba en la actualidad.

* * *

Un vivísimo fogonazo brilló en el horizonte. Cilly se sobresaltó.

— ¿Qué es eso, Ray? —preguntó.

—Oh, no te preocupes. Vienen más Hudnijs.

Ella le contempló admirada.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó.

— Estuve cerca de su astropuerto hará cosa de un año. No sé de dónde llegan sus naves, por supuesto, pero son el resultado de una civilización fabulosamente adelantada, cuando menos, en el aspecto tecnológico. No se puede decir lo mismo de su idiosincrasia… pero ahí están.

— Sí —murmuró Cilly—. ¿Son muy grandes sus naves, Ray?

— Bueno, yo diría que tienen entre tres y cuatrocientos metros de diámetro. Son unas esferas gigantescas y poseen una gran capacidad. En cada viaje deben de transportar de doce a catorce mil Hudnijs.

Cilly sintió pavor al escuchar aquella respuesta.

— ¡Dios nos asista! —exclamó—. Esto es una plaga bíblica, Ray.

— Peor, infinitamente peor —calificó él en tono sombrío—. . El aflujo de naves Hudnijs es constante, aunque su frecuencia no es demasiado grande. Yo diría que llega una cada seis o siete días.

— Pero al principio vinieron más, claro.

— Probablemente, un corto número de naves fue suficiente para causar la catástrofe —opinó él—. Un corto número, quiere decir

algún centenar o cosa así.

Ahora, por supuesto, han organizado ya un servicio regular de inmigración y siguen el programa con toda puntualidad.

— ¿Y no se podría evitar, Ray? —sugirió Cilly.

— Es una idea —murmuró el joven—. Tendré que pensar algo sobre el particular.

— Destrucción de su base.

Ray volvió los ojos hacia la muchacha.

— La idea empieza a concretarse —sonrió.

— ¿Te atreverías?

— Habiendo elaborado un buen plan, desde luego. Pero tendremos que reflexionar seriamente antes de dar un paso que nos comprometa gravemente. No podemos fallar, Cilly; el menor error, resultaría funesto para los dos.

— Es cierto, Ray. Habrá que pensar algo…

Cilly se interrumpió de repente. Ray descolgó el fusil de su hombro y se puso en guardia.

— ¿Qué son esas voces, Ray? —exclamó ella, temerosa.

No lejos del lugar en que se hallaban, se oían unas raras canciones, de estridente melodía, interpretadas por unas voces muy poco agradables. Ray y Cilly se hallaban en medio de la calle, tras haber hecho un recorrido por el campamento militar, y ahora estaban buscando un buen sitio para pernoctar.

Ray empujó a la muchacha hasta la pared de un edificio próximo. Cilly tenía ya su arma en las manos. Ahora había cambiado el revólver por una metralleta, tomada en el campamento militar.

Las canciones provenían de un lugar próximo, invisible desde donde ellos se encontraban. Ray se asomó a la esquina y vio media docena de caballos parados junto a la acera.

Había una cantina en las inmediaciones. Ray avanzó unos pasos sin hacer ruido y se asomó a una de las ventanas.

El espectáculo le dejó sin aliento. Había allí seis Hudnijs, cada uno de los cuales tenía una botella en las manos. El suelo estaba cubierto de botellas vacías y de vidrios rotos.

Cilly se situó a su lado.

— ¡Caramba, vaya escenita! —comentó a media voz.

Ray contuvo una carcajada.

— Parece que los Hudnijs empiezan a apreciar algunas de las ventajas de la civilización terrestre —dijo.

— Están borrachos como cubas. Si los viese su jefe…

— A lo mejor se agregaba al grupo, Cilly.

De repente, ella le dio un codazo en el costado.

— Ray, esta es la ocasión —indicó.

— ¿Cómo?

— Debemos informarnos de la llegada de sus naves, para destruir la estación espacial. ¿No te parece una buena idea?

— Sí. Escucha, yo entraré; tú me cubrirás desde la ventana. ¿Entendido?

— De acuerdo.

Ray corrió a lo largo de la fachada y entró bruscamente en el local.

— ¡Quietos todos! ¡Arriba las manos! —ordenó perentoriamente.

* * *

Los cánticos cesaron en el acto. Seis pares de ojos triangulares miraron a Ray con asombro.

Uno de los Hudnijs trató de reaccionar y echó mano a su pistola. Cilly disparó una estruendosa ráfaga, y el Hudnij, acribillado, se desplomó instantáneamente.

— He dicho arriba las manos y no lo repetiré más —añadió Ray enérgicamente.

Los Hudnijs estaban todavía bajo los efectos del alcohol, aunque era evidente que habían recibido un buen susto. Ray se fijó en un uniforme con distintivos plateados.

— Tú eres el jefe de la patrulla —dijo.

— Sí. Me… me llamo Gohi— contestó el invasor, con voz poco firme.

— Quiero hacerte unas preguntas. Si contestas, salvarás la vida y la de tus compañeros. ¿Has entendido, Gohi?

— Sí, desde luego. Pre… pregunta…

— Hace poco ha llegado una de vuestras astronaves. ¿Cuál es el intervalo entre cada llegada?

— Si… siete días, pero ahora… ahora se está construyendo una nueva estación receptora.

—Interesante —murmuró Ray—. ¿Cuál será, entonces la frecuencia de llegadas?

— Diaria.

Ray se estremeció, aunque procuró mantenerse impasible.

— ¿Cuál es la capacidad de vuestras naves? —continuó el interrogatorio.

— Ahora, dieciséis mil, aproximadamente. Cuando esté construida la nueva estación receptora, llegarán naves capaces para cuarenta mil personas, por lo menos.

— Cuarenta mil Hudnijs diarios —se aterró el joven.

Cuatrocientos mil cada diez días, cuatro millones cada cien días, doce en trescientos… catorce millones y medio en un año.

— Está bien —se recobró—. Has sido sincero. Dejad vuestras armas; podéis iros libres.

Las pistolas cayeron al suelo. Gohi y sus guerreros abandonaron la cantina, montaron en los caballos y escaparon a todo galope.

Ray y Cilly se reunieron instantes después.

— Necesito una copa —dijo la muchacha, muy pálida.

— Los dos la necesitamos —convino Ray.

Limpió dos vasos y abrió una botella. Durante unos momentos, estuvieron callados, muy pensativos.

Al cabo de unos minutos, Ray reparó en una de las pistolas caídas en el suelo.

— Voy a probar una —dijo.

Se inclinó, levantó el arma y disparó contra la pared.

Los efectos del rayo azulado no se notaron en absoluto.

— ¡Qué raro! —murmuró.

— Debe de afectar directamente sólo a los seres humanos —opinó Cilly.

— Es probable —admitió Ray.

— Ensaya ahora en el exterior. Conviene conocer su alcance —sugirió ella.

— No está mal pensado.

Ray se asomó a la puerta y disparó a lo largo de la calle. El rayo azulado se extinguió a irnos cincuenta o sesenta metros de distancia.

—No tiene demasiado alcance —dijo, un tanto despectivamente —. Me quedo con mi fusil.

— Ray —dijo Cilly—, yo sigo pensando en la estación espacial de los Hudnijs.

— Es verdad —contestó él, volviendo a la realidad—. ¿Cómo destruirla?

Los ojos de Cilly brillaron de pronto.

— Ray, ¿cómo se destruían instalaciones semejantes en las guerras del pasado? —exclamó de pronto.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Ray chasqueó los dedos.

— ¡Cilly, te mereces un beso! —sonrió—. Acabas de encontrar la idea justa para hacer saltar en pedazos la estación espacial de los invasores. ¡Vamos —agregó—; yo sé dónde encontrar los materiales necesarios para conseguir el objetivo!

# CAPÍTULO X

Cilly escrutaba ansiosamente entre las sombras. El tiempo de espera se le hacía interminable.

La noche era clara, estrellada. Ya se notaban los primeros fríos del otoño. Un mes después, las cumbres se llenarían de nieve.

Algo se agitó en las inmediaciones. Cilly aprestó su metralleta.

— Ray —susurró.

— Hola, guapa —contestó una voz conocida en la oscuridad.

Cilly lanzó un suspiro de alivio.

— Menos mal —dijo—. ¿Qué tal ha ido todo?

— Estupendo. —Ray se sentó a su lado y se pasó la manga de su chaqueta por la frente—. Estoy sudando.

— Es lógico. ¿Te han visto?

— No. Tienen un servicio de vigilancia muy deficiente.

— Increíble, Ray.

— Querida, resulta perfectamente comprensible.

Son millones contra dos y, de buscarnos, lo hacen por otra parte. No se les ha ocurrido pensar que podamos asaltar su cuartel general.

— Lo cual nos favorece, ¿no crees?

— Por supuesto. Pero después de esto, no volverán a confiarse jamás.

— ¿Qué haremos luego, Ray?

— Primero, observaremos los efectos de nuestra incursión. Después, ya pensaremos algo… pero no vayas a creer que, porque les destruyamos su estación espacial, vayan a desistir de completar la invasión.

— No se me ocurriría jamás, Ray. Lo único que pienso es que tal vez algún día nos sintamos fatigados de luchar.

— Es muy probable, pero lo que nunca podremos hacer es rendimos. Significaría nuestra muerte.

Cilly calló un momento. Ray acababa de decir la verdad.

Pero, ¿no iban a tener nunca un momento de tranquilidad?, se preguntó, repentinamente desalentada.

Procuró recobrar el ánimo.

— Ray, ¿cómo lo has hecho? —preguntó.

— Las cargas están en las bases de los postes. Son todas de T.N.T.— 3, es decir, un explosivo tres veces superior al T.N.T., convencional, lo que significa mayor potencia demoledora con menor volumen de explosivo.

— Comprendo, pero, ¿no encontrarán las cargas antes de que las hagas explotar?

— Las vigas metálicas, en la base, son muy gruesas, y ello disimula las cargas. Cada poste tiene una base pentagonal, es decir hay cinco vigas maestras, y he puesto una carga en cada una de ellas, como digo, a varios metros del suelo. No elevarán la vista para ver esos bultos que han surgido de repente; es algo enteramente lógico.

— Ojalá sea así, como dices. ¿Cuándo provocarás la explosión?

Ray levantó la vista al cielo.

— Es pronto. Faltan dos horas para el amanecer —contestó—. Mientras tanto, ¿por qué no duermes?

— Lo siento, estoy muy nerviosa. Prefiero esperar despierta.

— Como quieras.

El tiempo transcurrió lentamente. Al fin, se vio cierta claridad en el horizonte.

— Ya es hora, Ray.

— Aguarda un poco. Prefiero esperar a la llegada de la astronave. No olvides que hoy es el día en que se inaugura la nueva estación receptora.

Las sombras de la noche se alejaron. Ray enfocó sus prismáticos hacia el astropuerto, del que estaban situados a unos cuatro kilómetros, en la cumbre de una colina, que dominaba ampliamente el panorama.

Cilly tenía también unos prismáticos, encontrados en uno de los almacenes de pertrechos del campamento militar, que era donde Ray se había aprovisionado de explosivos. Los ojos de los dos jóvenes captaban perfectamente la imagen de los tres altísimos postes metálicos, levantados en un tiempo increíblemente corto por los ingenieros Hudnijs.

Las torres tenían ahora unos doscientos metros de altura y las bolas brillantes que las remataban eran considerablemente mayores que las anteriores. De repente, se vieron brillar sendas luces rojas en el interior de las esferas.

— ¡Ya llega, Ray! —exclamó Cilly, que conocía por los relatos del joven el procedimiento de aterrizaje de las naves Hudnijs.

Ray puso en el suelo una caja de control-remoto y dio media vuelta a una llave. Sosteniendo los prismáticos con la mano izquierda, apoyó el índice derecho en el botón de contacto.

Las luces interiores fueron cambiando de color, a la vez que aumentaban de intensidad. De pronto, se hicieron casi blancas, con un resplandor que hería las pupilas, a pesar de la distancia.

— ¡Ahora! —exclamó Ray.

Y apretó a fondo.

* * *

Una lamparita centelleó sobre la mesa de Odurk. La mano del Hudnij pulsó el botón de contacto.

— Oficina Suprema —dijo.

— Señor, habla el coronel Tuhoiln —sonó una voz a través del aparato de radio.

— ¿Hay noticias, coronel?

— Todavía no, señor. Lamento tener que defraudarle, pero es así.

— No se preocupe. El plan es bueno. Siga adelante.

— Señor, me agradaría hacerle una sugerencia —dijo Tuhoiln.

— Sí, hágala —accedió Odurk.

— Quiv y yo podemos cubrir muy poco terreno. Necesitaríamos colaboradores.

— ¿Cómo? ¿Pretende ampliar…?

—Perdón, señor. Quise referirme a patrullas de caballería, cuyos miembros estén todos provistos de prismáticos. Su jefe llevará transmisor de radio para enlazar con nosotros y señalamos la presencia de los dos supervivientes. De este modo, podríamos encontrarlos mucho antes.

— Así se hará, coronel.

— Pero habrá que advertir a los exploradores de que es preciso respetar la vida de los supervivientes, pase lo que pase.

— Ése es un asunto ya resuelto, coronel. ¿Algo más?

— No, señor. Muchas gracias por haberme atendido.

— Siga buscando, Tuhoiln. No se desanime. Hemos de eliminar

ese obstáculo.

— Sí, señor.

Odurk cerró la comunicación. Alguien llamó, informándole de que la primera astronave del nuevo plan de inmigración estaba a punto de llegar.

El Supremo Guía se desentendió por un momento de las peticiones de Tuhoiln y fijó la vista en los tres grandes postes de recepción, situados a un kilómetro de distancia. Las tres esferas despedían ya rayos de luz cegadora.

De repente, se oyeron unos ruidos tremendos.

Chorros de fuego y nubes de humo brotaron de entre las patas de las torres, justo en el preciso instante en que se materializaba una gigantesca nave de casi un kilómetro de diámetro. El estruendo fue atronador y, durante unos instantes, el suelo se cubrió de un humo espesísimo.

Dos de las torres resistieron bien, pero una de ellas se inclinó. La esfera de energía se desprendió y cayó al suelo, donde explotó con tremendos chispazos.

Tuhoiln estaba aturdido. Lo que ocurría era algo increíble.

Aquellas explosiones quedaban fuera de su capacidad de comprensión. Era una catástrofe de incalculables consecuencias.

Pero los efectos de las explosiones no habían terminado todavía.

La astronave recién llegada estaba a punto de aterrizar en el momento de producirse los estallidos. Ya asomaban sus patas sustentadoras y, de súbito, al faltarle la energía, cayó de golpe.

Dos de las patas se quebraron, mientras las otras resistían el impacto. El resultado fue que la enorme esfera empezó a rodar por el suelo, con aparente lentitud, pero, en realidad, con notable velocidad.

Sonaron alaridos de pánico. Los Hudnijs, aterrados, escapaban a la carrera, desperdigándose por todas partes.

Odurk no fue el único en huir. Vio que la nave se dirigía rectamente a los edificios y salió corriendo como un loco.

La enorme esfera atropelló los edificios, ninguno de los cuales llegaba a los cincuenta metros de altura, salvo la antigua torre de control, que se deshizo como si fuese de azúcar. Espesas nubes de humo se elevaron de los edificios aplastados por la gigantesca esfera, que continuó girando, debido al elevado movimiento de

inercia causado por el súbito desequilibrio.

La nave continuó rodando y reduciendo literalmente a polvo cuantos edificios encontraba al paso. Salvó los límites del astropuerto y se encontró de pronto con una suave pendiente, que conducía a un distante valle.

La velocidad del globo se incrementó. Aturdido, cubierto de polvo su brillante uniforme, Odurk contempló el final de la catástrofe con ojos llenos de lágrimas.

La bola de metal alcanzó finalmente el punto más bajo del valle. Subió unos centenares de metros, se detuvo unos instantes, retrocedió y volvió a subir, ahora ya con velocidad decreciente, hasta que, al cabo de una docena de oscilaciones pendulares, se detuvo inmóvil en el centro del valle, justamente sobre una corriente de agua de abundante caudal.

La esfera se había agrietado por algunos sitios y el agua, represada, empezó a penetrar en su interior. Odurk, anonadado por la catástrofe, se sentía incapaz de reaccionar.

* * *

Ray y Cilly contemplaron desde la colina el resultado de su labor. El joven estaba asombrado de los efectos de las explosiones.

— Increíble —dijo—. Nunca pude sospechar que consiguiéramos tanto.

— Como se decía antiguamente, el éxito ha sorprendido a la propia empresa —sonrió Cilly—. ¿Tardarán mucho en reconstruir la estación? —preguntó.

— No lo creo —suspiró él—. Se han dado mucha prisa en construir ésta, de modo que aplicarán todos sus esfuerzos a reparar los desperfectos. Pero al menos les hemos dado una buena lección.

— Ray, algunos han muerto, pero… los que estaban dentro de la nave no lo habrán pasado bien.

— Quizá no haya quedado uno con vida. De todas formas, habrán podido darse cuenta de que somos enemigos peligrosos.

— Sí, pero ahora ya no podremos atacar de nuevo su astropuerto. En lo sucesivo, pondrán una fuerte guardia y no se dejarán sorprender desprevenidos.

— Ya idearemos algo, no te preocupes. Cilly, tenemos que irnos.

— ¿Adónde, Ray?

— De momento, lo más conveniente será alejarnos de aquí. Sospecho que pronto van a salir cientos de jinetes a buscamos.

— Sí, será lo mejor —convino ella.

Cargaron con las mochilas, recogieron las armas y se alejaron del lugar. Caminaron durante el resto del día, eludiendo en un par de ocasiones a sendas patrullas de Hudnijs, que parecían buscarles con ahínco.

— Hay una cosa que no comprendo, Ray —dijo la muchacha, cuando al fin encontraron un sitio que les pareció aceptable para la acampada nocturna—. ¿Por qué, estando tan adelantados, usan caballos y no vehículos mecánicos? ¿Se te ocurre alguna respuesta?

— No lo sé, no tengo la menor idea. Tal vez sea un retroceso deseado hacia ciertas formas antiguas de vida. Recuerda que, además de sus pistolas lanzarrayos, llevan espadas.

— Es verdad. Unas armas y unos medios de transporte incongruentes con su ciencia —calificó la muchacha.

Aquella noche, por consejo de Ray, no encendieron fuego.

— Hay un hibernatorio a pocos kilómetros

— dijo —Pero temo extraviarme en la oscuridad. Mañana lo alcanzaremos y permaneceremos allí escondidos durante algunos días.

— Si pudiéramos encontrar personas hibernadas…— suspiró ella.

— Temo que eso quede solamente en deseo —contestó él—. No sé si por fortuna o por desgracia, como quieras llamarlo, pero, en el momento actual, tú y yo somos los únicos representantes de la humanidad terrestre que estamos con vida.

Cilly le dirigió una mirada.

— ¿Lo lamentas, Ray? —preguntó.

Ray alargó los brazos y la estrechó contra su pecho.

— No lo lamento… pero estamos empeñados en una lucha terrible, implacable… y no sé si conseguiremos resistir —contestó, lleno de tristes presagios hacia el porvenir de ambos.

# CAPÍTULO XI

En la bóveda hibernatoria, desdichadamente, sólo había cenizas.

Años atrás, cinco mil personas se habían sometido a un sueño de cien años en sus hibernáculos. Los recipientes semicilíndricos de cristal sólo contenían polvo.

— Debemos resignamos, Cilly, no hay más remedio —dijo Ray, cuando se hubo cerciorado de la triste realidad.

Pero ello no le impedía luchar por la existencia. Reunió leña y encendió una hoguera. Las altas bóvedas del hibernatorio evitaban que el humo de la hoguera quedase a un nivel demasiado bajo y les causara molestias.

Ray había cazado un par de conejos, que se comieron con buen apetito. Luego, el joven empezó a pensar en la conveniencia de instalarse en aquella cueva.

— El invierno se nos echa encima —dijo—. Tendremos que hacer viajes a la ciudad y acopiar mantas y prendas de abrigo, además de provisiones en gran número.

— Ray, necesitaríamos algún vehículo…

El joven hizo un gesto pesimista.

— Todos los automóviles eran eléctricos y se movían, bien por baterías propias, bien por energía radiante. Las baterías, en tres años, se han agotado y las centrales de fuerza están paradas. En alguna parte, tal vez, queden antiguos automóviles de gasolina, pero ¿dónde? ¿Y la gasolina para moverlos? Aparte de que también necesitaban una batería para el arranque.

— Entonces, ¿a pie? —dijo ella, muy desalentada.

Ray sonrió.

— Quedan caballos —contestó—. Y podemos engancharlos a algún automóvil. Pero ahora nos conviene descansar aquí un par de días. Necesitamos reponer fuerzas y…

— ¡Eh! —sonó de repente una voz—. ¿Hay alguien aquí?

Ray y Cilly se quedaron mudos de asombro. La muchacha se puso a temblar.

— ¡Oigan, amigos! —dijo la voz, desde la entrada—. Venimos en son de paz.

Cilly se puso a llorar.

— No estamos solos, no estamos solos… —dijo, hipando.

Ray se puso en pie, pero, por precaución, agarró su fusil.

— Adentro, sea el que sea —invitó.

Dos siluetas se divisaron a lo lejos. Los recién llegados avanzaron cautelosamente hacia la hoguera.

— ¿Terrestres? —preguntó uno de ellos.

— Sí —contestó el joven—. Yo soy Ray Solarte.

Ella es Cilly…, mi esposa —añadió, tras breve vacilación.

— Encantado, Ray —dijo uno de los sujetos, de ropas destrozadas y barba de varios días—. Me llamo Tom Marks. Mi compañero es Johnny Drudd.

— Hola —saludó Drudd.

— ¿Qué tal? —sonrió Cilly, ya repuesta de la sorpresa recibida —. Creíamos ser los únicos supervivientes…

Marks escupió por un colmillo.

— A nosotros nos pareció también lo mismo, señora Solarte. Pero, por fortuna, les hemos encontrado a ustedes —contestó.

— De lo que nos alegramos infinito —añadió Drudd.

Cilly reaccionó.

— Pondré la cafetera al fuego —dijo.

— No se moleste, señora —dijo Marks—. No conviene que gaste sus escasas provisiones.

— Será un placer…

— Si no quieren café, no insistas, Cilly —dijo Ray—. ¿Han visto invasores? —preguntó.

— A lo lejos. Iban a caballo, como de costumbre. Nos escondimos y luego decidimos buscar un lugar seguro. Encontramos esta cueva y… Es muy grande, ¿eh?

— Fue un hibernatorio, en tiempos —respondió el joven—. ¿Cómo consiguieron salvarse ustedes?

Marks se encogió de hombros.

— ¿Y quién lo sabe? Estamos vivos, eso es lo que importa. ¿No le parece a usted, señora Solarte?

— Sí, claro —contestó Cilly.

— Supongo que no les importará que nos quedemos un poco —solicitó Drudd.

— Desde luego —accedió Ray—. Y si lo desean, pueden unirse a nosotros para luchar contra los invasores.

— ¿Son vulnerables a las armas de fuego? —preguntó Marks.

— Como cualquiera de nosotros —dijo Ray con una sonrisa—. He tenido ocasiones de sobra de comprobarlo.

— Hasta ahora, no nos hemos atrevido a atacarles — manifestó Drudd—. Pero si usted dice que las balas les hacen daño, les ayudaremos a ustedes con mucho gusto.

— Será un placer, aunque, por ahora, nosotros teníamos el plan de descansar algunos días en este hibernatorio. Luego pensábamos dirigimos a la ciudad, a fin de aprovisionarnos para el invierno, que ya se echa encima.

— Buena idea —sonrió Marks. Se quitó la mochila de la espalda y soltó las correas de la tapa—. Estaba pensando en que tal vez deberíamos celebrar el encuentro con una copita. ¿Qué opina usted, señora Solarte?

Cilly sonrió.

— La ocasión es digna de ese traguito —contestó.

Sacó de su mochila dos tazas de metal.

— No tengo más —se disculpó.

— Nosotros tenemos nuestras vasijas —contestó Marks, mientras descorchaba la botella—. Anda, sácalas, Johnny.

Drudd extrajo dos botes de lata. Marks llenó las tazas de la pareja y luego alzó la suya.

— Salud para nosotros y muerte a los invasores — brindó.

Ray sonrió y tomó unos sorbos de vino. Cilly le imitó en el acto.

— Está bueno —aprobó el joven.

— Sí, es muy bueno —corroboró Marks—. Así que piensan invernar aquí.

— Es un lugar muy apropiado, ¿no creen?

Cilly se desplomó de repente al suelo. Ray lanzó una exclamación de asombro y quiso precipitarse hacia ella, sin comprender en absoluto qué le había podido suceder.

— ¡Cilly! —gritó.

Pero en el mismo instante, sintió que la oscuridad descendía sobre su mente. Un segundo después, yacía en el suelo, junto a la muchacha.

Marks levantó la mano derecha y se arrancó la careta flexible que le había dado el aspecto de un terrestre. Debajo apareció el rostro del coronel Tuhoiln.

— Menos mal —dijo—. Empezaba a sentirme ya harto de este disfraz. ¡Quiv, la radio! —ordenó, mientras se daba suaves masajes en las antenas.

Johnny Drudd se transformó en otro Hudnij. Se inclinó sobre su mochila y extrajo una cajita de pequeñas dimensiones, que entregó a su jefe.

Tuhoiln dio el contacto y esperó unos momentos. No tardó en escuchar la voz de Odurk:

— Habla el Supremo Guía. Adelante, Tuhoiln.

— Señor, tengo buenas noticias. Ya han caído los dos pájaros.

— ¡Por fin! —gritó Odurk.

— Sí, señor; costó un poco, pero dimos con ellos, gracias a una patrulla de Caballería, que les vio dirigirse hacia un antiguo hibernatorio terrestre. Sugiero un ascenso para el jefe de esa patrulla, señor. Es el teniente Ubriks, señor.

— Ya es capitán, coronel. ¿Cómo están los supervivientes?

— Perfectamente, señor. Dormirán al menos veinticuatro horas.

— Espléndido, Tuhoiln. Enviaré los hombres necesarios para transportarlos hasta nuestro nuevo cuartel general.

— Bien, señor. Aquí los aguardaremos.

Tuhoiln cortó la comunicación y miró satisfecho a su acólito.

— Quiv, cuando nuestros científicos hayan terminado con los prisioneros, podremos decir con toda certeza que ya no queda vivo un solo terrestre este planeta —dijo.

* * *

Oleadas de luz iban y venían gradualmente hasta que se concretaron en la imagen de una lámpara de no demasiada potencia. Ray abrió los ojos y se sentó de golpe.

Entonces se dio cuenta de que estaba en una cama, no demasiado blanda, aunque tampoco incómoda. En torno suyo vio paredes blancas, desnudas, y una puerta cerrada.

A su derecha había otra cama. Cilly estaba allí.

Ray saltó al suelo. Las piernas, débiles, le flaquearon y estuvo a punto de caer. Tras algunos intentos, consiguió recobrar el equilibrio.

Cilly abrió los ojos torpemente.

— Ray —llamó con voz débil.

— Estoy aquí, cariño —contestó él, sentado a su lado—. No temas, no nos ha pasado nada.

Ella le dirigió una mirada de inseguridad.

— ¿Qué ha sucedido, Ray? —preguntó.

El joven hizo una mueca de disgusto.

— Los Hudnijs no son tan tontos como parecía— contestó—. No podían con nosotros por la fuerza, así que emplearon la astucia.

— Entonces, aquellos sujetos… no eran supervivientes…

— No. Estaban disfrazados, supongo. Hay materiales de sobra en la Tierra para cambiar de aspecto. El vino estaba narcotizado, de modo que ya no es difícil explicarse el resto.

Los ojos de Cilly se llenaron de lágrimas.

— Ahora nos matarán…

— Quizá no —opinó Ray—. Si fuera así, no estaríamos despiertos, sino muertos. De momento, nos han capturado. Es probable que quieran saber cómo conseguimos sobrevivir… En todo caso, lo importante es que estamos vivos, Cilly.

Ella se incorporó sobre un codo.

— Pero en un calabozo —objetó.

— Más vale estar en un calabozo, que convertidos en humo por los disolventes Hudnijs —contestó él sentenciosamente—. De los calabozos, se sale… pero no he visto todavía que el humo procedente de una persona se corporeice de nuevo.

— Será muy difícil que logremos escapar de aquí

— dijo ella.

— Veremos, Cilly.

La puerta del calabozo se abrió de pronto. Ray se puso en pie.

Varios Hudnijs entraron en la estancia. Uno de ellos iba lujosamente ataviado.

— Soy Odurk, Supremo Guía de los Hudnijs —se presentó altivamente—. ¿Cuáles son vuestros nombres?

— Ray y Cilly —contestó el joven.

Odurk les contempló con curiosidad.

— Vosotros sois los autores de la destrucción de nuestra estación espacial —dijo.

— Nos sentimos orgullosos de ello, Odurk. En cambio, tú no puedes sentirte orgulloso de haber exterminado a casi treinta mil

millones de personas.

— Necesitábamos este planeta, simplemente. Pero sentimos curiosidad por saber cómo habéis logrado sobrevivir.

— Somos unos seres superiores —contestó Ray—. ¿No has tenido ocasión de comprobarlo?

— Demasiado —refunfuñó Odurk, disgustado por el recuerdo de sus derrotas—. Pero nos interesa conocer vuestras características mentales. Puede reportarnos grandes beneficios.

— ¿Qué es lo que pensáis hacer con nosotros?— preguntó Ray, alarmado.

Odurk no contestó. En lugar de eso, se volvió hacia uno de sus acompañantes.

— ¿Doctor?

El Hudnij estudió unos instantes a los prisioneros.

— Creo que es pronto para empezar, Supremo Guía —dictaminó.

— ¿Puedo conocer las causas, doctor Vlonl?

— Han permanecido dormidos durante veinticuatro horas, lo que supone una falta total de alimentos. La actividad de su cerebro es considerablemente menor en estos momentos.

— Entonces, usted opina que deben reponerse.

— Sí, señor. Necesito que se les deje tranquilos durante cuarenta y ocho horas. Si no dispusiéramos de tiempo, podríamos anticipar el plazo, pero creo que no corre tanta prisa.

— De acuerdo, concedido —decretó Odurk—. Cuarenta y ocho horas y bien alimentados.

— Justamente, señor.

Odurk miró a los prisioneros de una forma extraña. Sus antenas se agitaron levemente.

— Y bien vigilados, era preciso añadir —concluyó.

# CAPÍTULO XII

Un Hudnij entró, empujando una mesita con ruedas, provista de comida en abundancia, así como una jarra de agua, una botella de vino, cigarrillos y fósforos.

Detrás de él aparecieron dos soldados, con las armas a punto. Ray sonrió.

— Veo que no olvidan detalle, a pesar de que no fumamos —dijo.

— Era costumbre de los terrestres —manifestó el Hudnij—. No queremos que os falte de nada.

— A mí me gusta un cigarrillo de cuando en cuando —declaró Cilly.

— Antes yo también fumaba alguno, pero he perdido el hábito. Bueno —dijo Ray, dirigiéndose al Hudnij— ¿Qué esperas?

— Debo estar presente mientras coméis —respondió el aludido.

Ray se volvió hacia la muchacha.

— No se fían de nosotros —dijo.

— Es lógico. Pero yo tengo hambre, a pesar de todo, Ray.

— Muy bien, adelante.

Comieron con buen apetito. La mente de Ray no dejaba de funcionar un solo momento. Trataba de hallar un medio que les permitiera salir de la crítica situación en que se encontraban.

Cuando estaban a punto de acabar, miró al Hudnij.

— ¿Se repetirá la ceremonia cada vez que tengamos que comer? —inquirió.

— Ésas son las órdenes que tengo —respondió el invasor.

— Ya. Hay alguien que está lleno de pánico —dijo Ray con sorna.

— ¿Pánico? —repitió el Hudnij, extrañado.

— Veo que no estás muy versado en nuestro idioma. Pánico significa lo mismo que miedo, sólo que en dosis mucho mayores.

Las antenas del Hudnij se juntaron y adelantaron ligeramente, a la vez que su boca se contraía en una mueca.

— Debieras de conocer tú también el significado de la palabra Hudnij. En nuestro idioma, significa «El Valeroso». Lo que quiere decir que jamás hemos sabido lo que era el miedo.

— ¡Qué horror! —dijo Ray, fingiendo espantarse—. Cilly, no saben lo que es el miedo.

— Una opinión muy respetable, pero altamente dudosa —dijo Cilly displicente.

— Repito que no conocemos el miedo —insistió el Hudnij—. Y si vienen soldados conmigo es sólo por precaución, para evitar que podáis fugaros, eso es todo.

Volvió a mover las antenas y a torcer el gesto.

— ¡Pensar que un Hudnij pueda ser cobarde! —dijo despreciativamente—. ¿Habéis acabado ya?

— Sí, hombre, sí. Anda y llévate la mesa, rey de los valientes.

Los hudnijs se dispusieron a abandonar el calabozo. Cilly alargó la mano y se apoderó de los cigarrillos y los fósforos.

— Para cuando estemos aburridos —dijo.

La puerta se cerró. Ray y Cilly quedaron solos nuevamente.

* * *

— Ray —llamó Cilly.

El joven no contestó. Cilly volvió la cabeza y le vio tendido sobre la cama, intentando formar anillos de humo con su cigarrillo.

— Te estoy llamando, querido —insistió la joven.

— Dispensa, cariño; estaba pensando… ¿Qué quieres?

Ella se volvió ligeramente y quedó apoyada sobre un codo, para mirarle con más comodidad.

— Ray, ¿qué piensan hacer con nosotros? —preguntó.

— Ya lo has oído. Estudiarán nuestros cerebros. El doctor Vlonl se encargará del asunto.

— ¿Nos… nos lo sacarán de la caja craneana?

— No puedo asegurarte nada, pero quizá nos estudien primero a base de radiografías y en electroencefalogramas. Es probable que nos hagan pruebas de hipnosis, que nos sometan a la acción de sus psicorrayos, aunque lanzados a baja potencia… y, finalmente, nos cortará el cuello y nos abrirán la cabeza.

— Ray, no bromees —se estremeció Cilly.

— No bromeo, querida. El programa que acabo de anunciarte parece el más lógico en estas circunstancias. Una cosa es segura: o escapamos o terminarán por matarnos, después de que nos hayan

estudiado como cobayas.

— Escapar —se lamentó ella—. Una empresa imposible, Ray.

— No tanto cuando se da con un buen plan —alegó el joven.

— ¿Pensabas en ello cuando te llamé y no contestabas?

— Pensaba en una forma viable de evadimos… y también pensaba en otra cosa, Cilly.

— ¿Puedo saber qué es? —preguntó ella, curiosa.

Ray sonrió.

— ¿Te molestó que dijese señora Solarte cuando aparecieron los dos supuestos terrestres? —preguntó.

— No, ¿por qué me iba a molestar? Me pareció lo más lógico. No sabíamos quiénes eran… pero ¿es que ahora pensabas en eso?

— Claro que no —contestó Ray—. Lo que pasa es que te portas tan curiosa como si de veras fueses mi esposa.

— ¡Oh, Ray! Éstos no son momentos para bromear —se lamentó la muchacha—. Tenemos que idear algo para salir de aquí…

Ray se puso en pie y tiró el cigarrillo a un rincón. Luego empezó a pasearse por la estancia.

— Una de las cosas en que estaba pensando es en la conversación que sostuve con el Hudnij que nos trajo la comida.

— Sí, dijo que era muy valiente y que no conocía el miedo, como ninguno de los Hudnijs. Pero eso no es ninguna novedad…

— Cilly, en las palabras de ese invasor hay algo que puede servimos de mucho —dijo Ray—. Casi me dan la solución, pero no acabo de encontrarla todavía. Es como el que se mueve en un túnel y ve la salida muy lejos, pero le cuesta muchísimo alcanzarla, ¿comprendes?

— ¿Crees que el hecho de que los Hudnijs no tengan miedo puede ser una solución para nosotros? Yo diría todo lo contrario, Ray.

— No, no, la clave está en esas palabras, insisto —manifestó él, lleno de fe—. Pero tengo que pensar mucho más para descifrar lo que quieren decir. Por supuesto, no es que trate de ayudarnos, ni mucho menos —añadió—. Sin embargo, lo ha hecho, aunque inconscientemente… ¡Y no acabo de llegar a la salida del túnel! —concluyó.

* * *

Empezaba a amanecer, cuando Ray despertó súbitamente y exclamó:

— ¡Eureka!

Cilly se sentó sobresaltada en la cama.

— ¡Ray! ¿Qué sucede? ¿Por qué gritas de ese modo?

El joven la miró sonriendo.

— ¿No sabes qué significa «Eureka», querida? —preguntó.

— Sí, claro: «Lo descubrí», o algo por el estilo, y lo dijo Arquímedes cuando encontró una solución al problema de…

— Exacto, eso es lo que yo te quiero decir a ti. Lo he encontrado.

— ¿La solución para escapar?

— Ésa la tengo desde el primer momento. Yo me refiero a la otra, a la que nos permitirá derrotar completamente a los Hudnijs.

— ¿Cuál es, Ray? —preguntó Cilly ansiosamente.

El joven saltó de la cama.

— Te lo diré luego —contestó—. Ahora es preciso que nos preparemos para atacar a los Hudnijs que vendrán a traernos el desayuno.

— Están armados…

— Y nosotros contamos con la sorpresa, querida. Hemos hecho una comida y una cena, por tanto, hemos recuperado fuerzas de sobra y podemos permitimos salir de aquí sin desayunar. Ven, te explicaré mi plan; luego hablaremos de lo otro.

Cilly se levantó, completamente animada. Escuchó a Ray y le prometió hacer puntualmente lo que él le ordenaba.

Media hora más tarde, se abrió la puerta. El mismo Hudnij entró, empujando su carrito lleno de provisiones, seguido de los dos guardaespaldas.

— Hola —saludó escuetamente, mientras avanzaba hacia el centro de la estancia—. El desayuno.

— Gracias —contestó Ray, alargando las manos hacia el carrito.

Y, de súbito, lo empujó hacia adelante con todas sus fuerzas, golpeando al invasor en las rodillas.

El Hudnij gritó y vaciló. Ray empujó de nuevo y acabó por derribarlo al suelo. Al caer, el Hudnij braceó instintivamente y golpeó a uno de los soldados en la cara.

El individuo se tambaleó. Ray saltó hacia él como un tigre y le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula.

Se oyó un terrible chasquido. El Hudnij perdió el conocimiento instantáneamente.

Mientras, Cilly, situada a un lado de la puerta, lanzaba su colchón contra el otro soldado, impidiéndole sacar la pistola. El Hudnij trató de desembarazarse de aquel inesperado obstáculo, pero ella le empujó con todas sus fuerzas, haciéndole perder el equilibrio.

El portador del desayuno intentaba levantarse. Ray agarró una jarra con agua y se la estampó en plena cara, rompiéndola en mil pedazos.

Se oyó un atroz rugido. El Hudnij cayó, sangrando por varios sitios, desinteresado de la lucha por completo.

Ray saltó ahora hacia el tercer invasor, que parecía reaccionar. El Hudnij tenía su pistola en la mano, pero aún estaba en el suelo. Ray disparó su pie y le alcanzó en el antebrazo.

De nuevo volvió a escucharse el mismo ruido de huesos rotos. El dolor fue tan intenso, que el Hudnij perdió el conocimiento.

Ray se apoderó de su pistola sin vacilar. Cilly se armó con la otra.

— Tienen los huesos muy débiles —dijo él, sonriendo.

Ella respiró profundamente.

— No podemos perder tiempo, Ray —dijo.

— Sí, cariño.

Abandonaron el calabozo. Al otro lado de la puerta había una estancia con algunos muebles. Ray vio sus mochilas y los sombreros, aunque no las armas de fuego.

— ¡Los sombreros, Cilly!

Tenían su utilidad y no podían dejar de ponérselos. Acto seguido, Ray cruzó el cuarto y se asomó por la otra puerta.

Su asombro fue muy grande al encontrarse en un vasto laboratorio, muy bien dotado, según parecía a primera vista. Oyeron voces, pero no pudieron distinguir lo que decían.

A veinte pasos de ellos, vueltos de espaldas, había un hombre, sentado ante una pantalla de televisión. Ray vio unas imágenes en la pantalla, que le chocaron extraordinariamente.

Había tres personas, una mujer Hudnij y dos Hudnijs más, estos

de corta edad. Parecía una escena familiar.

El trío se hallaba en lo que parecía un jardín, entre árboles de extrañas formas, pero muy frondosos. Al fondo se veía una cadena de montañas y nubes blancas en el cielo.

— ¿Está viendo una película tan temprano? —murmuró Cilly, no menos asombrada que el joven.

Ray dudó un momento. Luego se volvió hacia la puerta, cerró y se echó la llave al bolsillo.

— Ahora mismo vamos a saberlo —contestó.

Y avanzó hacia el Hudnij.

# CAPÍTULO XIII

Algo duro se apoyó en la espalda del invasor, que se puso rígido en el acto.

— El doctor Vlonl, supongo —dijo Ray irónicamente.

— ¿Quién es usted? —preguntó el Hudnij.

— Ray Solarte, terrestre. Le estoy apuntando con una de sus pistolas lanzarrayos, doctor. Un solo movimiento y le dejo seco.

— Se han escapado, ¿eh?

— Eso parece —rió el joven—. Estaba muy entretenido, doctor; siento haberle estropeado la diversión.

— Es una carta de mi familia —explicó Vlonl—. Son mi mujer y mis dos hijos.

— ¡Atiza! —exclamó Cilly—. ¿Eso… es una carta? —Bueno, un mensaje audiovisual, claro que me hablan en nuestro idioma— respondió Vlonl.

El Hudnij aparecía muy serio.

— Apostaría a que echa de menos a su familia, doctor —dijo Ray.

— Sí —admitió Vlonl con un suspiro—. Me gustaría tanto estar a su lado…

— Oiga, eso que estamos viendo, ¿es un paisaje de su planeta? —preguntó Cilly.

— Por supuesto. El mensaje fue grabado en el exterior de nuestra casa. Hudnijian es muy bonito —contestó Vlonl en tono evocador.

— Y usted, claro, está ansiando volver allí.

— Figúrese.

A Ray le dio un acceso de cólera.

— ¡Conque tienen un planeta bonito, perfectamente habitable, y se vinieron a éste, exterminando a toda su población! —exclamó, al comprender de repente—. No sé cómo puedo contenerme.

Cilly le puso una mano en el antebrazo.

— Tendrás que dominarte, Ray —le aconsejó sensatamente—. Sigamos, doctor.

—Diga, señora —Contestó Vlonl.

— Su planeta es perfectamente habitable, ¿no es así?

— Usted lo ha dicho, señora.

— Pero desencadenaron una guerra de exterminio, y piensan establecerse aquí.

— Así lo ha decidido el Gran Consejo de Supremos Guías. Yo no he tenido arte ni parte en esa decisión. Sólo soy un médico, neurólogo, para precisar mejor, y tuve que obedecer cuando me ordenaron venir a la Tierra.

Ray temblaba de ira.

— De modo que Hudnijian es perfectamente habitable, tiene una atmósfera normal, no es seco, no es árido, no da señales de extinción… ¡y vinieron a exterminarnos!

— Lo siento —se disculpó Vlonl—. Repito que yo, como los demás Hudnijs, estoy sujeto a una disciplina y no puedo quebrantarla. ¿De qué me hubiera servido oponerme a los deseos del Gran Consejo?

— El doctor tiene razón, Ray —terció Cilly—. Él no es culpable…

— ¡Pero ha colaborado en una gigantesca matanza!

¡Es un asesino!

— Ray, serénate—aconsejó de nuevo la muchacha—. Aunque fuese realmente culpable, no por ello ibas a salir ganando nada matándole. ¿Por qué vinieron a invadirnos, doctor?

Vlonl se encogió de hombros.

— Supongo que en tiempos llegó aquí alguna patrulla exploradora y habló de grandes riquezas y de una fertilidad singular. Siento tener que hablar así de los míos, pero no es la primera vez que invadimos un planeta. Hudnijian fue invadido en tiempos, aunque, claro está, yo no había nacido. Ocurrió hace muchas generaciones…

— Y ahora, los caballeros del Gran Consejo estiman que la gente se aburría allí y había que proporcionarles distracción. En la Tierra, claro —dijo Ray con sarcasmo.

— Repito que yo no…

— Basta, doctor —cortó Ray—. Escuche, quiero hacerle un par de preguntas.

— Sí —accedió el Hudnij.

— Primero, ¿cuáles son las dimensiones de Hudnijian, en comparación con las de la Tierra?

— Hudnijian es algo menor. Su gravedad es de tres cuartos comparada con la de la Tierra.

— Ya me lo suponía yo —contestó Ray triunfalmente—. Doctor, usted es científico y tiene que darse cuenta de una cosa. El exceso de gravedad está debilitando sus huesos. Naturalmente, es debido a que soportan un peso superior al habitual, así como una mayor tensión muscular.

Vlonl se quedó muy pensativo.

— ¿Cómo lo sabe usted?—preguntó.

— He propinado unos cuantos golpes. No eran flojos, ciertamente, pero un terrestre, aun sintiéndose dolorido, los habría soportado mucho mejor. Cada golpe ha roto una mandíbula o un brazo o una pierna, y no lo hubiera conseguido en un organismo terrestre.

— Tendremos que pensar en ello —dijo Vlonl.

— Sí, y construirán reductores de peso, pero eso no nos sirve a nosotros. Tienen que marcharse de aquí y nosotros los echaremos.

— Por mí, encantado —contestó el Hudnij, con insospechado buen humor—. Pero dudo que lo consigan.

— Ya lo verá, doctor. Nosotros no podemos esperar mucho tiempo más; empezaremos a actuar sin dilación.

— Tienes que preguntarle otra cosa, Ray; lo dijiste antes —le recordó Cilly.

— Es verdad. ¿Por qué no usan vehículos mecánicos y sí caballos?

— Por ahora, no nos interesan. Tenemos aeronaves, aunque sólo se emplean a escala muy reducida, para las comunicaciones en puntos muy lejanos entre sí. Además, la contaminación atmosférica…

— La famosa contaminación —rió el joven—. Doctor, lamento no poder acceder a sus deseos de examinar nuestros cerebros.

Vlonl se volvió en el asiento y les miró fijamente.

— Me siento admirado —dijo—. Ojalá consigan sus propósitos.

— ¡Qué extraño! —se asombró Cilly—. Es la primera vez que un Hudnij nos habla amistosamente.

— Yo no soy un guerrero, sino un científico. Quizá, algún día, los guerreros dejen de mandar en Hudnijian. Ese día, me gustaría entablar otra clase de relaciones amistosas con ustedes.

— Ustedes siempre serán bien recibidos en la Tierra— contestó Ray—. Pero tardaremos mucho en olvidar lo que hicieron.

— Es lógico —admitió Vlonl llanamente. Y se despidió de ellos con un sorprendente—: ¡Buena suerte!

Había una puerta al fondo y Ray la abrió. Una escalera conducía a un vestíbulo, desierto en aquellos momentos.

— Vamos, Cilly.

* * *

El vestíbulo tenía varias puertas, una de las cuales estaba abierta en aquellos momentos. Ray se asomó y exploró el panorama.

Había muchos Hudnijs en las inmediaciones, ocupados en diversos trabajos. Al fondo se veían las dos torres de la estación espacial. La tercera estaba rodeada de invasores, que se afanaban en repararla.

A la izquierda se veían las ruinas de los edificios. Ray se echó hacia atrás en el acto.

— Por aquí es imposible salir, Cilly —dijo.

Retrocedieron y cruzaron el vestíbulo. Ray abrió otra puerta y vio que daba a campo abierto.

A lo lejos se veía asomar la parte superior de la astronave averiada, en el fondo del valle. Delante de ellos no había nadie.

La vegetación empezaba a los pocos metros. Ray saltó hacia delante.

— Sígueme, Cilly.

Dejaron pasar irnos momentos escondidos entre los arbustos. Todo parecía tranquilo.

— Sigamos —indicó él.

Avanzaron cautelosamente, escondiéndose al menor síntoma sospechoso. Así pudieron ganar la entrada al valle, donde la vegetación era más espesa.

— Creo que ahora no nos encontrarán —dijo él, deteniéndose para tomar aliento—. Y a la noche estaremos en…

Un extraño sonido le interrumpió, mezcla de campana y sirena. Era chirriante, desagradable, y se producía con cortos intervalos de gran frecuencia.

— Yo diría que nuestra fuga ha sido ya descubierta, Ray —

murmuró Cilly.

— Y no te equivocas —contestó él—. Pero las cintas de los sombreros nos protegen de la observación psíquica. En cuanto a la observación visual… bien, creo que nos movemos mejor que ellos en campo abierto.

Descendieron al valle. Pronto vieron las primeras patrullas que galopaban por todas partes.

Ray encontró un espeso grupo de arbustos.

— Aguardaremos aquí a que llegue la noche —dijo.

Arrastrándose, se ocultaron bajo los ramajes. A veces, los Hudnijs pasaban muy cerca de ellos, pero el enmascaramiento era perfecto y no les descubrieron.

Al anochecer, reanudaron la marcha. Clareaba el nuevo día cuando entraron en la ciudad.

— Lo primero que hemos de hacer es proveernos de comida y armas de fuego —aconsejó Ray.

— ¿Y después? —preguntó ella.

— En el campamento militar está el arma que derrotará a los invasores —aseguró él rotundamente.

* * *

Estaban muy fatigados y, por prudencia, durmieron unas cuantas horas. Ray despertó a mediodía y se asomó a la ventana de su alojamiento, situada en el segundo piso de lo que antiguamente había sido un excelente hotel.

Una patrulla de Hudnijs avanzaba a lo largo de la calle. De cuando en cuando, uno de ellos entraba en una casa y la examinaba rápidamente. Luego volvía a salir y se reunía con los restantes.

Ray aguardó con los nervios en tensión, hasta que la calle quedó desierta. Entonces despertó a la muchacha.

— Levántate, Cilly.

Ella se despabiló en el acto. Recogió su metralleta y siguió a Ray.

—Saldremos por la puerta trasera —indicó él.

Avanzaron paso a paso, pegados a las paredes. Un par de veces escucharon cascos de caballo y se escondieron rápidamente. Ray pensaba que era preferible no usar las armas, sino en caso

necesario.

Al fin, divisaron las tapias y alambradas del recinto militar. Ray lanzó un suspiro de alivio.

— Espero encontrar allí lo que tanto necesitamos —dijo.

— ¿Cómo lo sabes, Ray? —preguntó ella.

— Los «Laboratorios Murwee» trabajaban en estrecha cooperación con el Ejército. Yo diría más bien que eran una rama civil del Ejército, teóricamente desligada de los militares, pero secretamente pagada por ellos.

— Comprendo. Y, ¿qué es lo que hacíais en los laboratorios?

— Sobre todo, un gas designado con la clave «P-A. 010».

—¿Qué significa eso, Ray?

— Lo sabrás dentro de unos minutos —contestó él.

Alcanzaron el campamento y pasaron bajo el dintel del gran portón, flanqueado por dos torres de vigilancia. Ray atravesó el patio, seguido siempre de la muchacha, y llegó ante una puerta en la que había un rótulo:

DEPARTAMENTO DE SANIDAD ANTIPARASITARIOS HUMANOS

Ray soltó una risita.

— Es un rótulo destinado a confundir a la gente —dijo—. Todo el mundo se creía que era un campamento militar corriente. ¡Qué equivocados estaban!

— Una vez hablaste de guerra química. ¿Hay relación entre ese rótulo y lo que me dijiste entonces?

— Una relación mucho más estrecha de lo que te piensas —contestó él.

Y abrió la puerta.

Cilly vio un vasto recinto, lleno de cilindros metálicos, de vivo color anaranjado, semejantes a los usados por los submarinistas. Había varios centenares en sus estanterías, y también había otras estanterías repleta de máscaras antigás.

— Son máscaras especiales —dijo él—. Sólo sirven, pero efectivamente, para proteger a las personas del «P-A. 010».

— ¿Qué significa esa clave, Ray? —insistió ella.

— Pánico Absoluto —respondió el joven.

# CAPÍTULO XIV

Ray tomó una de las máscaras y se la entregó a Cilly.

— Cuélgatela del cuello —dijo—. Si yo te lo ordeno, te la pondrás inmediatamente y no te la quitarás hasta que te lo indique. ¿Entendido?

— Sí, Ray, pero ¿qué vas a hacer ahora?

— Querida, el gas puede contaminar una vasta extensión de terreno y sus efectos duran muchas horas en las personas. Un litro del «P-A. 010», al extenderse en la atmósfera, puede contaminar un kilómetro cúbico de aire. Pero como es algo más pesado que éste, se mantiene pegado al suelo, a una distancia que oscila entre los treinta y los sesenta metros, de modo que sus efectos, en realidad, alcanzan varios kilómetros cuadrados, ¿comprendes?

Ella asintió, con ojos muy brillantes.

—Sería maravilloso poder disponer de un avión para fumigar a los Hudnijs —exclamó.

— Un avión, no, pero tal vez sí un helicóptero.

— ¡Oh! Pero ¿dónde piensas encontrarlo? Y aunque lo consigas, sus baterías…

Ray cargó con un par de cilindros de gas y salió al exterior.

— Ven conmigo —dijo—. Yo tengo que hacer algo, pero tú, mientras tanto, me servirás de centinela.

El joven corrió hacia una de las torres de vigilancia. Cilly subió a continuación.

Cuando llegó a la plataforma superior, vio a Ray quitando una lona que cubría una ametralladora pesada. Ray la examinó unos momentos y luego colocó varias cajas de municiones junto a la máquina.

— He conectado el dispositivo de disparo mecánico— dijo—. Antes funcionaba también con electricidad, pero ahora no hay ni qué soñar con eso… al menos, por el momento.

— Oye —dijo Cilly, admirada—, tú pareces conocer muy bien este campamento.

Ray se echó a reír.

— Serví aquí una temporada como soldado —contestó. De pronto, se puso serio—. Hice buenas amistades. Ahora, todos están

muertos.

Hubo un instante de silencio. Luego, Ray sacudió la cabeza.

— Recordar el pasado no es bueno —añadió—. Hemos de mirar por nuestro futuro. Ven, quiero enseñarte a manejar la máquina.

Minutos más tarde, dejó a la muchacha en la torreta y descendió al patio. Lo atravesó corriendo y se detuvo ante un edificio de notables dimensiones.

Las puertas eran corredizas y las hizo deslizarse a un lado. Cuatro helicópteros militares aparecieron ante sus ojos.

Un suspiro de satisfacción brotó de su pecho. Subió al primer aparato y dio el contacto.

La aguja del amperímetro permaneció inmóvil.

— Lo que me figuraba —murmuró.

Las baterías estaban agotadas, por descarga natural. Era lógico, después de tres años.

Permaneció silencioso un momento, en el asiento del piloto. Luego, reaccionando, saltó al suelo.

Buscó en los restantes barracones y encontró un generador auxiliar, movido por gasolina.

— Ahora sólo falta el combustible.

En el fondo del barracón había varios bidones de gran tamaño. Ray observó que los tapones estaban precintados herméticamente,

— Tal vez ello haya impedido la descomposición de la gasolina —se dijo.

Había encontrado combustible en otros lugares, pero resultaba inservible. Sin embargo, Ray sabía que aquellos barriles estaban almacenados para una emergencia y que su cierre había sido estudiado científicamente, a fin de evitar la descomposición del líquido combustible.

En los talleres había herramientas y materiales de sobra. Ray destapó uno de los barriles y acercó la nariz al orificio.

— Eran unos tíos con toda la barba —elogió a los autores del procedimiento.

Ya sólo faltaba cargar el tanque del generador y ponerlo en marcha. Trabajó con ahínco, porque la máquina necesitaba grasa en algunas partes, pero, al fin, escuchó el alegre «pof-pof» de los pistones moviéndose rítmicamente.

Era el mejor sonido que había escuchado en mucho tiempo.

— Sólo hay uno que le gane —dijo.

Y se acordó de la voz de Cilly, cuando él se creía absolutamente solo, Robinson en su propio planeta, y ella le llamó por primera vez.

Lo que faltaba por hacer era ya sencillo: la conexión del generador a las baterías del helicóptero. Había un regulador intermedio y estuvo contemplando los instrumentos, hasta que vio que se movía la aguja del amperímetro.

Rebosante de alegría, dio una espectacular voltereta en el aire. Pero apenas había recobrado el equilibrio, oyó el tableteo de la ametralladora.

La máquina disparó una corta ráfaga. Luego sonó la voz de Cilly, con trémolos de alarma:

— ¡Ray, vienen los Hudnijs!

* * *

En cuatro saltos, Ray se plantó en la torreta. Ella le tendió los prismáticos.

— Están a unos dos kilómetros —informó—. Pero no sabía si me oirías y por eso disparé el arma.

—Has hecho bien—aprobó él.

Los prismáticos le acercaron las imágenes de más de un millar de Hudnijs, la mayoría de ellos jinetes en caballos. Detrás, aún se veía una tropa mucho más numerosa.

— Parece que nos tienen miedo, pese a lo que dicen— sonrió el joven.

— Ray, yo sí que tengo miedo —aseguró ella.

— No te asustes, Cilly. Sigue aquí y ten a punto tu máscara antigás.

Ray bajó de nuevo al patio y cargó con los cilindros. Tenía tiempo de sobra y se alejó a un centenar de metros de la entrada.

Dejó los cilindros en el suelo, se agachó y tomó un puñado de polvo, que lanzó a lo alto. La caída de las partículas de tierra le señaló la dirección del viento dominante en aquellos instantes.

— No es muy favorable, pero bastará —se dijo.

Cargó de nuevo con los cilindros y se alejó otro centenar de metros a su derecha, en oblicuo, dejándolos algo separados y entre unos arbustos, pero de modo que pudieran ser vistos desde la

torreta. Luego retrocedió a la carrera y se reunió con Cilly.

— Me pregunto cómo nos habrán visto —dijo ella.

— Quizá fue una patrulla de pocos hombres y no se atrevieron a atacarnos. Prefirieron pedir refuerzos, lo que, en el fondo, y digan lo que digan, indica miedo.

— Ray, no te sobreestimes —le reprendió ella—. Esos miles de Hudnijs indican que quieren seguridad, sobre todo.

— Tal vez sea así. Por favor, déjame la ametralladora.

Cilly se apartó a un lado. Ray estudió el avance de los Hudnijs, que se dirigían en derechura hacia el campamento.

Un cuarto de hora más tarde, exclamó:

— Cilly, la máscara.

La muchacha se cubrió la cara con el artefacto. Ray hizo lo mismo.

Luego tomó puntería. El cañón de la ametralladora apuntó al primero de los cilindros.

Ray aguardó todavía unos instantes. De pronto, apretó el gatillo.

Una docena de balas perforaron el cilindro por distintos puntos. En el mismo instante, empezó a salir un gas azulado, que se extendió por la atmósfera con increíble rapidez.

El segundo cilindro fue también perforado. Justamente en aquel momento, las primeras avanzadillas de invasores se metieron en la nube de gas.

Pasaron unos segundos. De pronto, se oyeron unos gritos horrorosos.

Los jinetes escaparon a la carrera, chillando frenéticamente. En su fuga catastrófica, atropellaban a los infantes, quienes pronto empezaron a sentir también los efectos del gas.

Las mentes de los Hudnijs resultaban afectadas por el gas, causante de un invencible sentimiento de terror, que les obligaba a escapar a la carrera de un enemigo que suponían sumamente poderoso. A los diez minutos, la desbandada era total.

Incluso los caballos notaban los efectos del gas y galopaban como locos, relinchando estruendosamente. Numerosos Hudnijs quedaron en el suelo, muertos o destrozados por los cascos de las bestias o, simplemente, pisoteados por sus propios compañeros en fuga.

Era una escena terrible. Cilly se sintió vivamente impresionada.

Ray se acercó al borde del parapeto un instante, contempló el panorama y luego se volvió hacia la muchacha. Por señas, le indicó que conservase puesta la careta y ella asintió, como también cuando le dijo que continuase la vigilancia.

A continuación, Ray corrió al cobertizo de los helicópteros y contempló satisfecho los indicadores del generador y de los acumuladores. Luego se dijo que convenía efectuar mientras tanto las operaciones de carga del vehículo.

Al pasar por delante del morro vio cuatro orificios circulares, en hilera. Se detuvo unos instantes y luego, agachándose ligeramente, abrió una especie de compuerta inferior.

Largas cintas de brillantes objetos metálicos aparecieron ante sus ojos. Al menos, se dijo, los encargados de mantenimiento de los helicópteros habían sabido cumplir con su deber hasta el final.

* * *

El doctor Vlonl soportó sin pestañear el violentísimo acceso de cólera del Supremo Guía. Cuando Odurk se detuvo para tomar aliento, dijo:

—Los análisis efectuados, aunque muy someros, indican que el gas que afectó a nuestros soldados produce efectos combinados de ansiedad y temor, hiriéndoles, por decir así, en el subconsciente y haciendo aflorar atavismos de miedo, que se manifiestan inconteniblemente, aunque el paciente esté preparado para la inhalación del gas Temo, señor, que si Ray Solarte continúa atacándonos con este gas, nuestras tropas se verán en una pésima situación.

Odurk dio un puñetazo en la mesa.

— ¡Los destruiré! —gritó—. Tenemos armas capaces de hacer saltar en pedazos un continente…

— Pero contaminando luego la atmósfera y el suelo durante larguísimo tiempo. Y aunque fuese un arma limpia, hay otra arma que nos está derrotando irremisiblemente.

— ¿Cuál es? —preguntó Odurk.

— Una degradación constante de nuestro sistema óseo. No se puede llamar estrictamente descalcificación, pero es el resultado de vivir en un planeta con una gravedad muy superior al nuestro.

Todos soportamos un peso excesivo y eso, a la larga, se nota. Y si no, que se lo pregunten a los tres hombres a quienes atacaron los terrestres para poder escapar. Los tres tienen huesos rotos y no se puede decir que Ray haya empleado una contundencia fuera de la normal en un ser humano de su clase.

— Eso… ¿es seguro? —dijo Odurk, anonadado.

— Soy neurólogo, no osteólogo, pero las pocas pruebas que he hecho, en unión de mis colegas, han dado un resultado nada satisfactorio. Ahora bien, yo no he sido el autor de los planes de invasión de la Tierra.

Odurk entendió el reproche que se le hacía.

— Era nuestra mejor ocasión durante siglos —se lamentó. Vlonl le miraba fijamente y se sintió incómodo, por lo que, para ocultar su turbación, golpeó la mesa nuevamente con el puño—. ¡Y aquí nos quedaremos! —añadió a gritos—. Ustedes, los científicos, encontrarán un reforzante óseo…

— Dígales eso a los especialistas en la materia. Yo soy solamente un neurólogo. Ah, un consejo, Supremo Guía; no des tantos puñetazos en la mesa o te romperás un hueso.

Vlonl dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. En la puerta se encontró con el coronel Tuhoiln.

— ¿Alguna noticia de los terrestres, coronel? — preguntó Odurk con avidez.

— Ninguna, señor —contestó el recién llegado—. Hemos destruido el campamento militar por el fuego, ya que era su base, pero habían conseguido escapar antes. En el momento actual, ignoramos dónde pueden encontrarse.

— Tenemos algunas naves auxiliares. Lánzalas al aire y que exploren el suelo palmo a palmo. Ellos viajan a pie; no pueden haber ido muy lejos.

— Así lo haremos, señor.

En la puerta sonó una risita.

— ¿Saben?, esa pareja de terrestres empiezan a caerme simpáticos —dijo el doctor Vlonl.

Las antenas de Odurk se agitaron con furia.

— Pronto te enviaré sus cerebros para que los estudies —aseguró.

* * *

El helicóptero estaba parado en el centro de una frondosa arboleda. Ray y Cilly se habían detenido allí para descansar unas horas, antes de pasar al ataque.

Además, había fruta en las inmediaciones y ambos comprendían la necesidad de variar su dieta alimenticia. Comieron algunas manzanas y luego discutieron la conveniencia de pasar a la ofensiva.

— ¿Tendremos bastante gas? —preguntó.

— Creo que sí. Por lo menos, crearemos en ellos, me refiero a los no afectados, un estado de psicosis, que les hará sentirse tan miedosos como los que hayan respirado el gas. En cualquier momento, temerán ser…

Ray se interrumpió. Cilly había cerrado los ojos y vacilaba.

— ¡Cilly! —gritó—. ¿Qué te ocurre?

Ella estaba pálida, aunque se esforzaba por sonreír.

— Nada —contestó—. Ha sido un pequeño mareo…

Nada de particular, repito, en una mujer… que ama a un hombre.

Los ojos de Ray se abrieron desmesuradamente.

— ¡Cielos! Cilly, ¿es posible que…?

Ella le miró y sonrió con dulzura.

— Los síntomas así lo parecen indicar, querido —contestó.

— Ahora más que nunca —dijo él, abrazándola con fuerza—, tengo que luchar para que nuestro hijo viva en un mundo libre de invasores. ¡Vamos, Cilly, al ataque!

Momentos después, el helicóptero se elevaba por los aires.

La parte posterior de la espaciosa cabina de carga estaba repleta de cilindros llenos de gas «P-A. 010», cargado a ciento veinte atmósferas de presión. Los orificios de salida estaban junto a otros tantos agujeros practicados en el fuselaje del aparato.

Ray gobernó con maestría el helicóptero. Cilly iba a su lado y, a fin de prever posibles accidentes, ambos llevaban ya puestas las máscaras antigás.

De pronto, Cilly le señaló con la mano un numeroso grupo de jinetes que recorrían la llanura.

Ray asintió. El helicóptero perdió altura y bajó a gran velocidad.

Ray pulsó un botón y una nube de gas azulado brotó de la cola del aparato, a veinte metros de altura de los Hudnijs.

El helicóptero dio una sola pasada a la formación. Ray dejó escapar apenas una décima parte del contenido del cilindro.

Cinco minutos después, apreciaron sus efectos: una espantosa desbandada de hombres y bestias, enloquecidos de terror.

Satisfecho, el joven hizo que el aparato ganase altura nuevamente. Luego, con la mano derecha, señaló un punto en el horizonte.

Cilly entendió. Ray iba a atacar directamente la guarida de los Hudnijs.

* * *

Media hora después, divisaron las altas torres de la estación espacial. Situada entre ellas, había una colosal bola metálica.

Una nave Hudnijs acababa de llegar. Otros cuarenta mil invasores ponían pie en la Tierra.

Ray voló en línea recta. De súbito, Cilly le tocó varias veces en el hombro.

Tres navecillas, de un tamaño apenas superior al helicóptero y de forma lenticular, se habían elevado súbitamente, cerrándoles el paso.

Ray no vaciló. Se lanzó contra el primer aparato y, a menos de cien metros, apretó un botón que había en la palanca de mando.

Cuatro chorros de fuego brotaron del morro del helicóptero. Una larga salva de proyectiles de 12,7 mm fueron a dar en la navecilla, haciéndola estallar en chispazos.

Las otras dos naves fueron igualmente destruidas. Lanzando vivos fogonazos metálicos, cayeron hacia abajo y se hicieron pedazos contra el suelo.

El paso estaba libre.

Momentos después, Ray sobrevolaba el área de la estación espacial. Esta vez, abrió de golpe cuatro cilindros.

Una espesa nube de gas azulado empezó a caer hacia abajo. Ray dio una vuelta a baja altura, en torno a la nave espacial, y luego se dirigió hacia los edificios que habían quedado intactos tras la catástrofe.

Los resultados fueron espectaculares. Los Hudnijs que estaban en el interior de la nave se peleaban con los que querían entrar en ella, para regresar a su mundo. Por las zonas de trabajo, estacionamiento, almacenes y demás, se producían terribles escenas de pánico.

Un nutrido ejército se acercaba al astropuerto. Ray voló hacia la formación y descargó otro cilindro de gas.

Fue suficiente. Miles de Hudnijs enloquecieron de repente.

— Y si no tienen bastante con esto, lo repetiremos —dijo, aunque con la máscara puesta, Cilly no le podía oír.

* * *

El ambiente estaba quieto, sereno. En las más lejanas cumbres ya se veían manchas blancas.

Ray y Cilly esperaban. Desde donde estaban, podían ver, con los prismáticos, la base espacial invasora.

De súbito, Cilly lanzó un grito:

— ¡Ray, mira, viene alguien!

El joven se puso en pie de un salto, con el fusil en las manos. Un Hudnij avanzaba hacia ellos entre los árboles.

Lo sorprendente del caso era que el invasor llevaba en la mano un palo, al cual se había atado un trapo blanco. Ray sintió una infinita satisfacción al ver aquel signo de rendición.

El Hudnij llegó junto a la pareja. Ray le reconoció.

— Doctor Vlonl —exclamó.

— Hola —contestó el Hudnij—. ¡Uf, estoy molido! Eso de llevar encima de los huesos treinta kilos de más le deja a uno agotado.

— ¿Se resiente, doctor?

— A la larga, sí, aunque en los primeros momentos parezca fácilmente soportable. Pero no he venido a hablarles de mí. Nos vamos —anunció escuetamente el Hudnij.

— Una noticia satisfactoria, doctor —dijo Cilly.

— En su caso, me lo imagino fácilmente. Nos han derrotado, ustedes dos y el planeta.

— Casi treinta mil millones de seres humanos murieron…

Ray puso una mano sobre el hombro de la muchacha.

— Tenía que ocurrir así, no le des más vueltas —dijo—. Quizá la

Humanidad terrestre necesitaba este castigo a su orgullo. Doctor, pese a todo, me considero su amigo.

— Gracias, Ray —contestó Vlonl—. Usted tenía razón; cada día son más frecuentes los casos de fracturas entre nosotros. A veces, incluso, por la causa más simple.

— Y han decidido abandonar el planeta.

—Sí. Las expediciones de regreso se suceden con regularidad y, dadas nuestras circunstancias, con creciente frecuencia. Antes de tres meses, no quedaremos aquí ni uno solo.

Ray guardó silencio un momento. La larga lucha iniciada más de tres años antes llegaba a su fin.

Vlonl miraba a Cilly con simpatía. De pronto, dijo:

— Usted se me escapó. Ahora lo celebro.

— ¿Cómo? —se sorprendió la muchacha.

— Yo la vi a usted en el hibernatorio. Decidí que me convenía estudiar un organismo humano y la dejé sobrevivir. Engañé a los guerreros cuando dije que ya no quedaba ningún humano en los hibernáculos. Pensaba volver más tarde y así lo hice, pero usted ya se había ido. Por lo visto, despertó antes de lo que yo había calculado.

Cilly tenía los ojos muy abiertos.

— Entonces, usted, doctor…

—Sí, yo había adquirido ya experiencia en el manejo de los mecanismos del hibernatorio y dejé conectado su hibernáculo. Por lo visto, la acción del sistema encargado de revivir al durmiente fue demasiado rápida.

Cilly le tendió la mano impulsivamente.

— Gracias, doctor —exclamó.

Ray estrechó también la mano de Vlonl.

— Espero que encuentre bien a su familia —deseó.

Las antenas de Vlonl hicieron los movimientos propios del sentimiento de placer.

— Aquí y allá, con una forma u otro, los humanos somos todos iguales. Nos gusta fundar una familia, sentir afecto… ¡y también nos comportamos como salvajes cuando exterminamos a los demás! No me recuerden con odio —pidió finalmente.

— Si todos los Hudnijs hubieran sido como usted… —se lamentó Ray.

— Ah—añadió Vlonl—, nuestro Supremo Guía y su Estado Mayor ya están de vuelta en Hudnijian. Responderán ante el Gran Consejo de sus actos. Odurk fue, en gran parte, responsable de esta invasión. No lo pasarán bien, créanme.

Sus antenas se agitaron de nuevo.

— Cuando llegue allí, hablaré de dos valientes que lucharon por liberar a su mundo del invasor y que ganaron su batalla. ¡Adiós! —se despidió definitivamente.

* * *

Llegó el invierno y pasó; vino la primavera y con ella un nuevo habitante de la Tierra.

El verano pasó también y dejó su sitio al otoño. Cuando ya se acercaban los fríos del siguiente invierno, Ray decidió buscar un sitio para acampar durante la invernada.

Tenía decidido, de acuerdo con Cilly, irse, una vez pasados los fríos, en busca de un clima subtropical, donde se establecerían definitivamente. Ambos esperaban tener más hijos y no querían que sufrieran excesivas incomodidades.

Aquella tarde, Ray separó unos arbustos. Delante de él apareció una puerta metálica, sobre cuyo dintel había un rótulo:

HIBERNATORIO NÚM. 2.893 CAPACIDAD: 5.400

Ray abrió la puerta. Cilly estaba tras él, con el niño en brazos.

Con una antorcha en la mano, Ray avanzó a lo largo del túnel. De repente, al pasar bajo un arco de metal, se encendieron todas las luces.

Cilly lanzó un grito:

— ¡Ray, el hibernatorio está intacto!

Hubo un momento de silencio. Ante los ojos de los dos jóvenes aparecieron largas hileras de cilindros de cristal, en cada uno de los cuales había un ser humano en estado de hibernación.

Cilly casi se echó a llorar.

— Ya no estamos solos… —gimoteó.

Ray se acercó al primer hibernáculo. Bajo el cristal vio a un

hombre todavía joven. Un poco más allá, había dos mujeres. Seguía un hombre…

Algunos, pensó, se habían hecho hibernar para curarse en el futuro de su enfermedad. Otros lo habían hecho por simple capricho.

Pero él les despertaría a todos. Y entonces, destruiría el hibernatorio.

— Nadie debe vivir más tiempo que el plazo que le ha sido asignado —murmuró.

Cilly se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro. Ya no estaban solos, ya no eran Robinsones en su propio planeta.

Cinco mil cuatrocientos seres humanos aguardaban el momento de salir al exterior y dar comienzo a una nueva y esperanzadora época para la Tierra.

**FIN**

# BOLSILIBROS TORAY






TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



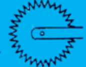
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.




SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.




SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

## GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.




## ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

**EDITORIAL AMERICA, S. A.**

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.